

LOS
PILARES
DEL
CARÁCTER
CRISTIANO

LOS FUNDAMENTOS
BÁSICOS DE UNA FE VIVA

JOHN MACARTHUR



La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Pillars of Christian Character*, © 1998 por John MacArthur y publicado por Crossway Book, una división de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187.

Edición en castellano: *Los pilares del carácter cristiano*, © 2005 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Traducción: Evis Carballosa

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1535-7

2 3 4 5 6 edición / año 11 10 09 08 07

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	7
1 <i>El punto de partida: Una fe genuina</i>	11
2 <i>La obediencia: El compromiso del creyente</i>	21
3 <i>Bienaventurados los humildes</i>	31
4 <i>La naturaleza desinteresada del amor</i>	47
5 <i>La unidad: Perseverancia en la verdad</i>	61
6 <i>El crecimiento: No hay vida verdadera sin él</i>	75
7 <i>Perdone y sea bendecido</i>	91
8 <i>Razón suficiente para regocijarse</i>	105
9 <i>Siempre hay lugar para la gratitud</i>	121
10 <i>La valentía de ser fuerte</i>	135
11 <i>La autodisciplina: La clave de la victoria</i>	151
12 <i>Adorar a Dios en espíritu y en verdad</i>	169
13 <i>La esperanza: Nuestro futuro está garantizado</i>	187
<i>Guía de estudio</i>	203

INTRODUCCIÓN

Si alguna vez visita Londres, no tendrá ninguna dificultad en divisar la Catedral de San Pablo. Es considerada una de las diez construcciones arquitectónicas más hermosas del mundo, y domina el perfil de la ciudad. La venerable estructura se levanta como un monumento a su creador, el astrónomo y arquitecto Sir Christopher Wren. Aunque la catedral de San Pablo es su logro más conocido, una interesante historia está relacionada con un edificio menos conocido producto de su diseño.

Wren recibió el encargo de diseñar el interior del Ayuntamiento de Windsor, ubicado al oeste del centro de Londres. Su plan exigía unas grandes columnas para apoyar el alto techo. Cuando la construcción estaba terminada, los notables de la ciudad recorrieron el edificio y expresaron su preocupación con respecto aun problema: Las columnas o los pilares. No era que les preocupaba el uso de columnas, sino que querían más de ellas.

La solución de Wren era tan diabólica como inspirada. Hizo exactamente tal como se le dijo e instaló cuatro nuevas columnas cumpliendo así las exigencias de sus críticos. Esas columnas adicionales permanecen en el Ayuntamiento de Windsor hoy día y no son difíciles de identificar. Son las que no sostienen peso alguno y, en realidad, nunca alcanzan el techo. Son columnas falsas. Wren colocó las columnas solo para cumplir un propósito, es decir, darle buena apariencia. Son adornos hechos solamente para satisfacer la vista. En lo que res-

pecta a apoyar el edificio y fortalecer la estructura, son tan inútiles como las pinturas que cuelgan de las paredes.

Aunque me entristece decir esto, creo que muchas iglesias han construido unas cuantas columnas, solo como decoración, especialmente en la vida de cada uno de sus miembros. En un esfuerzo por renovar la iglesia y hacerla funcionar mejor, muchos dirigentes han puesto en práctica estilos atractivos de adoración y de enseñanza, junto con formatos organizativos “innovadores” diseñados para atraer a más personas a la iglesia. La *sustancia* ha sido reemplazada por la *sombra*. El *contenido* queda fuera, el *estilo* queda dentro. El *significado* es desalojado, el *método* es introducido. La iglesia puede parecer correcta pero aporta poco peso.

Esa tendencia quizá se hace más evidente en un área especialmente cercana a mi corazón, la enseñanza de la Palabra de Dios. Demasiadas iglesias hoy día se han olvidado de que su principal propósito es muy simple. Como “la iglesia del Dios viviente” deben ser “columna y valuarte de la verdad” (1 Ts. 3:15). En su lugar, han construido una fachada que no ofrece apoyo, aporta poco peso, y se queda lejos de alcanzar las alturas que Dios diseñó para la iglesia y desea que esta alcance.

El resultado es la existencia de columnas falsas, decorativas, en el pueblo de Dios, que a la postre trae como resultado un falso sentido de la salvación y de la madurez espiritual. Nunca llegan a aferrarse a la realidad, es decir, a la necesidad de transformar las viejas y pecaminosas actitudes, en actitudes nuevas y bíblicas. En los cerca de treinta años de ministerio en la *Grace Community Church* he aprendido que si las actitudes espirituales de las personas son correctas, como resultado de una enseñanza bíblica prolongada, la estructura organizativa de la iglesia, su forma y su estilo se convierten en cosas menos importantes.

Una vida saludable para la iglesia solo se origina en una actitud espiritual adecuada por parte de sus miembros (vea Dt. 30:6; Mt. 22:37; Mr. 12:32-35; He. 10:22). El deseo ferviente del apóstol Pablo, por el que trabajaba y oraba con tanta diligencia era que Jesucristo fuera formado plenamente en la vida de cada uno de aquellos a quienes ministraba: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de

parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gá. 4:19). Amplió ese concepto cuando animó a los colosenses diciéndoles: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Col. 3:16). Dios desea obrar en la vida íntima del creyente. Por lo tanto, la meta de todos los pastores y líderes espirituales de la iglesia debe ser ver vidas transformadas. Todo ministerio y actividad de adoración que realizan debe motivar a las personas a pensar bíblicamente.

Es mi deseo que este libro contribuya a despertar y a motivar su corazón hacia las actitudes espirituales clave que muevan y transformen su vida de adentro hacia fuera. Con eso en mente vamos a estudiar trece actitudes fundamentales, o columnas si lo prefiere, del carácter cristiano que las Escrituras enseñan que todos los seguidores de Cristo genuinos debemos poseer y que debemos continuamente desarrollar. No es una lista exhaustiva, pero cada actitud es esencial para el comportamiento cristiano maduro.

Los primeros cinco capítulos definen, explican e ilustran los pilares cristianos básicos de la fe, la obediencia, la humildad, el amor y la unidad. El capítulo 6 es un recordatorio de que el crecimiento espiritual es un mandato, no una opción. Los capítulos 7 al 9 lo animarán a exhibir las actitudes del perdón, el gozo y la gratitud en todo tiempo, incluso cuando las circunstancias dificultan hacerlo. El capítulo 10 es un estudio de la fortaleza espiritual, enfocando las características de un cristiano fuerte según 2 Timoteo 2. En el capítulo 11, se dará consideración a algunos principios de disciplina y las maneras prácticas de aplicarlos. El capítulo 12 contempla la naturaleza de la verdadera adoración, concentrándose en la enseñanza de Jesús a la mujer samaritana en Juan 4. Finalmente, en el capítulo 13 haremos un estudio cuidadoso de la actitud de la esperanza cristiana y veremos que esta es una maravillosa fuente de optimismo y de tranquilidad.

Sin ninguna duda, la cuestión crucial de vivir la vida cristiana es la condición de su corazón. ¿Está usted comprendiendo y aplicando los pilares fundamentales del carácter cristiano tan claramente bosquejado en la Palabra de Dios? El apóstol Pablo escribe este excelente

resumen de cómo se aplica una actitud piadosa a la vida diaria: “Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre” (Ef. 6:5-7). Es mi oración sincera que “hacer la voluntad de Dios de corazón” se convierta en una realidad permanente en su vida como resultado de este estudio.

1

EL PUNTO DE PARTIDA: UNA FE GENUINA

Dicho de manera común, la fe o la confianza refuerza cómo cada uno vive. Bebemos agua por varias razones y confiamos en que ha sido debidamente tratada. Confiamos en que los alimentos que compramos en el supermercado o que comemos en un restaurante no están contaminados. De manera rutinaria cambiamos o depositamos cheques, aún cuando el papel en que están escritos no posee valor intrínseco. Ponemos nuestra confianza en la honestidad de la compañía o la persona que emite el cheque. Algunas veces nos exponemos al bisturí del cirujano, aún cuando no tenemos ninguna experiencia en procedimientos médicos. Cada día ejercitamos una fe innata en alguien o en algo.

¿QUÉ ES LA FE ESPIRITUAL?

De igual manera, cuando usted tiene fe espiritual espontáneamente acepta ideas básicas y actúa en muchas cosas que no comprende. Sin embargo, su fe espiritual no actúa de manera innata como lo hace la fe natural. La confianza natural viene con el nacimiento natural, y la confianza espiritual es un resultado directo del nacimiento espiritual. Las conocidas palabras de Pablo en Efesios 2:8 nos recuerdan que: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”.

Una versión en lenguaje moderno de una de las antiguas confesiones de la iglesia (modelada estrechamente según la confesión de Westminster) proporciona esta clara descripción doctrinal de la fe práctica del creyente:

Por la fe un cristiano cree que todo lo que ha sido dado a conocer en la Palabra es verdad, porque en ella Dios habla autoritariamente. También percibe en la Palabra un grado de excelencia superior a todos los demás escritos, en verdad a todas las cosas que el mundo contiene. La Palabra revela la gloria de Dios como aparece en sus diferentes atributos, la excelencia de Cristo en su naturaleza y en los oficios que realiza, y el poder y la perfección del Espíritu Santo en todas las obras que emprende. De esta manera, el cristiano es capacitado para entregarse implícitamente a la verdad que es creída, y otorgar servicio según los diferentes requisitos de distintas partes de las Escrituras. A los mandamientos da obediencia; cuando escucha una amenaza, tiembla. Con respecto a las promesas divinas acerca de esta vida y de la vida venidera, las abraza. Por los actos principales de la fe salvadora se relacionan en primer lugar con Cristo cuando el creyente acepta, recibe y descansa solo sobre Él para la justificación, la santificación y la vida eterna. Y todo por medio de... la gracia. (*A Faith to Confess: The Baptist Confession of Faith of 1689* [Una fe para confesar: La confesión de Fe Bautista de 1689] [Sesees, England: Carey Publications, 1975], 37)

De modo que la primera columna fundamental que el pueblo de Dios debe tener es la fe espiritual, o la confianza en Dios. Y esa actitud no crecerá ni se desarrollará a menos que creyentes individuales lleguen a conocer a Dios mejor cada día. Esa verdad es ejemplificada a través de las Escrituras. He aquí algunos ejemplos destacados:

- *Moisés*: “Jehová es mi fortaleza y mi cántico. Ha sido mi salvación. Este es mi Dios, a quien yo alabaré; el Dios de mi padre, a quien yo enalteceré” (Éx. 15:2).
- *David*: “Te amo, Jehová, fortaleza mía. Jehová, roca mía y cas-

tillo mío, mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio. Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado, y seré salvo de mis enemigos” (Sal. 18:1-3).

- *Jeremías*: “Mi porción es Jehová; por tanto, en él esperaré”, dice mi alma” (Lm. 3:24).

- *Pablo*: “que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen” (1 Ti. 4:10).

- *Juan*: “Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn. 4:15-16).

EL EJEMPLO DE FE DE HABACUC

Para un vistazo más profundo a cómo los santos bíblicos ejemplificaron la actitud de la fe, consideremos el caso del profeta Habacuc. Su ministerio tuvo lugar a finales del siglo siete a.C. durante los últimos días del poderío asirio y en los comienzos de la hegemonía de Babilonia (por los años 625 al 600 a.C.). La situación en los días de Habacuc era similar a la que confrontaron Amós y Miqueas. La justicia y la fidelidad básicamente habían desaparecido de Judá, había mucha maldad y violencia sin control en todo el territorio.

¿Por qué no hay respuesta, Dios?

El comienzo de la profecía o sermón de Habacuc revela su frustración y falta de comprensión de por qué Dios no intervenía en los asuntos de Judá y sobrenaturalmente ponía en orden las cosas:

“¿Hasta cuándo, Jehová, gritaré sin que tú escuches, y clamaré a causa de la violencia sin que tú salves? ¿Por qué me haces ver iniquidad y haces que vea tanta maldad? Ante mí solo hay destrucción y violencia; pleito y contienda se levantan. Por eso la Ley se debilita y el jui-

cio no se ajusta a la verdad; el impío asedia al justo, y así se tuerce la justicia”.

(Hab. 1:2-4)

El profeta se enfrentaba a un verdadero dilema. Probablemente ya le había pedido al Señor que hiciera brotar un avivamiento espiritual para que todo Judá se arrepintiera, o que juzgara al pueblo por su iniquidad, violencia, perversión de justicia y falta de atención a su ley. Pero Dios no haría ninguna de las dos cosas, y Habacuc no podía entender cómo podía Él observar la magnitud del mal de Judá y no actuar.

¿Por qué los caldeos?

Pero en el pasaje siguiente Dios le da a Habacuc la más asombrosa e inesperada respuesta:

“Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis. Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas. Formidable es y terrible; de ella misma procede su justicia y su dignidad. Sus caballos serán más ligeros que leopardos, y más feroces que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán; vendrán de lejos sus jinetes, y volarán como águilas que se apresuran a devorar. Toda ella vendrá a la presa; el terror va delante de ella, y recogerá cautivos como arena. Escarnecerá a los reyes, y de los príncipes hará burla; se reirá de toda fortaleza, y levantará terraplén y la tomará. Luego pasará como el huracán, y ofenderá atribuyendo su fuerza a su dios”.

(1:5-11)

La revelación de Dios solo aumentó el desconcierto de Habacuc, porque no era eso lo que esperaba ni lo que deseaba oír. ¿Cómo es posible que Dios use a los caldeos, un pueblo pagano que era mucho más pecador que los judíos, para juzgar y castigar a su pueblo pactado?

Al fin y al cabo, a través de su historia los caldeos eran notorios

por ser un pueblo militarista y agresivo. Se formaron en las montañas del Kurdistán y Armenia, al norte de Irak, y posteriormente se establecieron por sus propios territorios en el sur de Babilonia en la parte superior del Golfo Pérsico. Desde los comienzos de la hegemonía Asiria sobre Babilonia, los caldeos fueron una fuente de oposición e irritación para los reyes asirios. A la postre, los caldeos tuvieron un papel preponderante en la caída de Asiria y en el establecimiento del nuevo imperio de Babilonia.

Los caldeos solo adoraban su fortaleza militar y estaban totalmente preparados para reducir a escombros la ciudad de Jerusalén. (En el antiguo Oriente Medio, las murallas de piedra de una ciudad o de un fuerte eran escaladas una vez que las tropas invasoras amontonaban escombros contra las murallas. Los escombros formaban una rampa sobre la que los soldados podían marchar y entrar en la ciudad.) Los caldeos eran pecadores, egocéntricos y rudos, y Habacuc no podía entender cómo Dios pudo escoger a un pueblo mucho peor que Judá como agentes para castigar a su pueblo.

La solución del dilema

El desconcertante dilema de Habacuc no podía resolverse mediante la sabiduría humana. Debido a que no entendía el plan de Dios, el profeta dirigió su mirada a la teología: “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío? No moriremos. Oh Jehová, para juicio lo pusiste; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar” (1:12).

En el cenit de su confusión, mientras se hundía en la arena movidiza de su dilema y percatándose de que no podía contestar sus propias preguntas, Habacuc sabiamente apeló a lo que sabía que era verdad acerca de Dios. Primero, reconoció que Dios es eterno y que ha existido desde la eternidad pasada y existirá en la eternidad futura. Habacuc trajo a su memoria que los problemas que él y la nación confrontaban en realidad eran parte de un breve período en la historia del mundo. El Señor era mucho más grande que cualquier pequeño segmento de tiempo, con todos los problemas, y “Él sabía todo el tiempo cómo todas las cosas encajan en su plan eterno”.

El profeta refuerza sus palabras iniciales al dirigirse a Dios como

“Oh, Jehová, Dios mío, Santo mío”. El vocablo *Jehová* relaciona a Dios íntimamente con la nación de Israel como el Dios que guarda el pacto y las promesas hechas a los padres. Habacuc sabía que Dios estaba y está en control en medio de cualquier circunstancia, Él es Omnipotente, y nada jamás se escapa de su control. Además, Habacuc reconoce que Dios es Santo, Él no se equivoca y lleva a cabo su programa perfectamente.

Habacuc necesitaba encontrar un fundamento espiritual seguro en su comprensión de quién Dios es y de lo que Él hace. Por lo tanto, él podía tranquilizarse de que “no moriremos”. Sabía que Dios permanecerá fiel y no destruiría a Judá, puesto que tiene que cumplir el pacto prometido que hizo con Abraham que garantiza un reino, un futuro y una salvación.

Habacuc vio la fidelidad de Dios, su persona en las palabras finales del versículo 12: “Oh Jehová, para juicio lo pusiste [a los caldeos]; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar”. Ahora acepta el hecho de que Dios era demasiado puro para aprobar o excusar el mal y que sus ojos no podían contemplar favorablemente la maldad. Por lo tanto, ha determinado castigar al pueblo de Judá, y soberanamente ha escogido a los caldeos para realizar ese castigo. Aún cuando Habacuc no hubiera escogido ese método de juicio, ahora podía decir con mucha más seguridad de fe que antes: “Veo y acepto lo que está ocurriendo”.

La fe resumida y aplicada

La esencia de la lucha de Habacuc con la definición de la fe quedó determinada cuando Dios le dijo: “He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá” (2:4). La frase final de este versículo es una de las declaraciones más importantes en todas las Escrituras porque expresa de manera resumida la doctrina fundamental de la justificación por la fe. Por esa razón a la postre llegó a ser, en la traducción de la Reina-Valera: “El justo por la fe vivirá”, uno de los grandes lemas de la Reforma.

El historiador de la Reforma, J. H. Merle D'Aubigne, escribiendo en el siglo XIX, describe el descubrimiento de Martín Lutero de la verdad crucial de Habacuc 2:4 de esta manera:

Él [Lutero] comenzó su asignatura con una explicación de los Salmos, y de ahí pasó a la epístola a los Romanos. Fue de manera más concreta mientras meditaba en esta porción de las Escrituras que la luz de la verdad penetró en su corazón. Al retirarse a la quietud de su habitación, solía consagrar horas completas al estudio de la divina Palabra, esta epístola del apóstol Pablo era mantenida abierta delante de él. En una ocasión, al llegar al versículo diecisiete del primer capítulo leyó ese pasaje en el profeta Habacuc, “el justo por su fe vivirá”. Ese precepto le impresionó. Hay, por lo tanto, una vida para el justo diferente de la de otros hombres. Esa vida es el regalo de la fe. Esa promesa que recibió en su corazón como si Dios mismo la hubiera puesto allí, le reveló el misterio de la vida cristiana y aumentó esa vida en él. Años después, en medio de numerosas preocupaciones, se imaginaba que todavía escuchaba esas palabras: “el justo por su fe vivirá”. (*The Life and Times of Martin Luther* [La vida y los tiempos de Martín Lutero] 1846, Chicago: Moody, edición de 1978, 46)

Eso ocurrió cuando Lutero era un joven profesor de teología bíblica en la Universidad de Wittenberg en Alemania a principios de los años 1500. Esa comprensión lo afectó tan profundamente que algunos años después fue compelido a escribir las famosas noventa y cinco tesis y clavarlas en la puerta de la capilla de Wittenberg. Esas declaraciones desafiaron a la Iglesia Católica Romana a ser más bíblica en algunas de sus doctrinas y prácticas. Especialmente, Lutero estaba en desacuerdo con la venta de indulgencias por la iglesia para conceder perdón de pecados. Señaló que tal remisión es otorgada libremente como un regalo de gracia por Dios, pero solo a quienes vienen a Él en genuino arrepentimiento y fe. Poco después eso condujo a un desarrollo pleno de la doctrina bíblica de la justificación por la fe y al esparcimiento de la Reforma protestante a través de gran parte de Europa.

La declaración de Dios a Habacuc también se usa en pasajes clave del Nuevo Testamento. Además de su importante uso en Romanos

1:17, se cita dos veces más en las epístolas: “Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá” (Gá. 3:11); “Mas el justo vivirá por fe; Y si retrocediere, no agrada a mi alma” (He. 10:38).

El profeta Habacuc no relegó el tema de la fe solo al ámbito teológico. Le da una expresión maravillosa de cómo poner en práctica lo antes dicho en los tres versículos finales de su profecía:

“Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, el cual hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar”.
(3:17-19)

Ese vocabulario era muy significativo y familiar para la sociedad agrícola de los oyentes de Habacuc. Sabían que las higueras siempre florecen, las vides nunca dejan de dar fruto y los olivos eran tan robustos y duraderos que siempre producían una buena cosecha. Era inconcebible para ellos que los campos dejaran de producir alimentos y el ganado dejara de producir corderos y becerros.

El profeta dice que aún si esos aspectos rutinarios, ordinarios y fiables de la vida diaria dejaran de funcionar, si todo el mundo fuera virado al revés y retrocediera, todavía se regocijaría en Dios y continuaría confiando en Él. Aún cuando no comprenda las circunstancias, todavía comprendía la persona y la obra de Dios.

Habacuc concluye comparando su estabilidad con aquella que el Señor les da a los ciervos. He tenido la oportunidad de sobrevolar cerca de las montañas de Alaska, he visto como los ciervos se comportan. Se paran en un borde escabroso y rocoso de algún precipicio, tranquilos y confiados, sabiendo que sus pezuñas están seguras y fijamente ancladas en el sendero. Esa es la clase de confianza que Dios le dio a Habacuc y la que dará a todo creyente. Aunque pudiéramos estar en el precipicio, completamente desconcertados frente a algún

dilema sin solución o alguna dificultad ineludible, el Señor nos hace como ciervos espirituales que andan con seguridad sobre los lugares altos sin temor a despeñarse. Ninguno de los precipicios de la vida es demasiado contundente si tenemos la actitud de confianza en Dios, como la tuvo Habacuc.

LA FE ES POSIBLE A TRAVÉS DE CRISTO

En Gálatas 2:20 el apóstol Pablo da testimonio con respecto a la vida de fe: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Pablo simplemente dice que tanto él como otros genuinos creyentes en Cristo viven su vida confiando constantemente en el Salvador. El apóstol también dice: “porque por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7). Eso significa que el cristiano, a la larga, no evalúa la vida a través de sus sentidos naturales, sino a través de los ojos de la fe. ¿Cómo podía Pablo estar tan confiado de que la vida cristiana podía funcionar de esa manera? Debido a lo que dijo a los filipenses: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (4:19). La clave verdadera para vivir una vida de fe es el medio divino suplido por la presencia constante y poderosa del Salvador y Señor Jesucristo.

Está claro, pues, que la primera gran actitud cristiana, la fe, comienza con la salvación y ha de caracterizar la totalidad de la vida cristiana. Es la columna fundamental sobre la cual edificar su vida, si usted dice que ama a Jesucristo. Ese era el argumento de Pablo en Romanos 5:1-10.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y

la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”.

2

LA OBEDIENCIA: EL COMPROMISO DEL CREYENTE

El compañero perfecto de la fe es la obediencia. La última estrofa del conocido himno “Para andar con Jesús” resume magistralmente la estrecha relación que esas dos actividades fundamentales [fe y obediencia] tienen:

Mas sus dones de amor nunca habréis de alcanzar si rendidos no vais a su altar, pues su paz y su amor solo son para aquel que a sus leyes divinas es fiel.

Una estrofa la versión original dice: “Lo que él diga haré, do me envíe iré” nos proporciona una simple definición de la obediencia espiritual. Fundamentalmente significa someterse a los mandamientos del Señor, hacer su voluntad, basado sobre lo que está claramente revelado en las Escrituras.

LA FE Y LA OBEDIENCIA SON INSEPARABLES

La Gran Comisión que Jesús dio a sus discípulos señala cuán fundamental es el tema de la obediencia para los creyentes:

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”.

(Mt. 28:19-20)

Aunque el versículo 19 implica proclamar el evangelio, ver a personas salvadas, y hacer que confiesen públicamente su fe en Cristo, el versículo 20 construye sobre la experiencia de salvación del nuevo convertido. El que hace discípulos, o cualquier creyente maduro, le enseñará a los nuevos cristianos a obedecer los mandamientos de Dios en su Palabra y someterse a Él. La Gran Comisión precisa los dos grandes requisitos del proceso de santificación, o de la vida del creyente en Cristo, es decir, fe y obediencia.

La obediencia es tan fundamental que si no está presente en la vida de quien dice ser cristiano, la fe de esa persona debe ser cuestionada. Esa verdad es enfatizada más de una vez por el apóstol Juan: “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8:31); “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Jn. 15:10). El apóstol reitera ese principio todavía más llanamente en su primera epístola: “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Jn. 2:3-4).

Todos los que profesamos fe en Jesucristo tenemos también que demostrar esa fe mediante la obediencia a la Palabra de Dios. De otro modo, nuestra profesión de fe salvadora es sospechosa. La obediencia de un verdadero creyente será inequívoca, intransigente, sin refunfuñar y de corazón. La obediencia es, por lo tanto, una parte integral de la salvación de una persona.

De hecho, el apóstol Pedro describe la salvación como un acto de obediencia: “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo

renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 P. 1:22-23). “La verdad” es el evangelio, que en esencia es un mandamiento a arrepentirse y creer en el Señor Jesucristo (Mr. 1:15). En el Nuevo Testamento, el mensaje del evangelio era siempre predicado como un mandamiento (vea Mt. 3:2; 4:17; Mr. 6:12; Lc. 5:32; Hch. 2:38; 3:19; 17:30; 26:20). Debido a que es un mandamiento, requiere obediencia, y todos los que genuinamente hemos nacido de nuevo tenemos una nueva vida espiritual porque hemos oído la verdad contenida en las Escrituras, la hemos creído y la hemos obedecido.

El momento de la salvación, sin embargo, implica más que un acto aislado de obediencia. Cuando alguien pone su confianza en Cristo y en su obra redentora y recibe el perdón de sus pecados, también reconoce que el Salvador es Señor y soberano sobre su vida. Eso significa que cada creyente se ha comprometido a vivir una vida de constante obediencia, aunque inicialmente no se percató completamente de todas las implicaciones de ese compromiso.

La razón de por qué no comprendemos inmediatamente todas las ramificaciones de nuestro compromiso con Cristo es que Dios, mediante el Espíritu Santo, primero tiene que darnos ese sentido de dedicación. No se origina con nosotros, sino que el Espíritu produce en nuestro corazón la determinación de andar el camino de la obediencia a Dios como siervos de Jesucristo. Ese es el proceso de la santificación, pero eso es solo una fase de nuestra salvación.

Una perspectiva completa de la salvación y sus plenas implicaciones comienza con una comprensión básica de la elección divina. Primera Pedro 1:1-2 describe a los creyentes como quienes han sido “elegidos según la presciencia de Dios Padre”. La *presciencia* con frecuencia es mal interpretada. No significa que todo el mundo ha operado mediante su propia voluntad, con Dios como un observador neutral que mira adelante desde la eternidad pasada para ver quién va a creer en Él y quién no y entonces escoge salvar algunos y rechazar a otros. En cambio, presciencia significa que antes de que alguien nazca, Dios en su amor predeterminó conocer íntimamente a algunos individuos y salvarlos.

El vocablo griego traducido *presciencia* denota una relación predefinida. Eso es el mismo concepto que define el plan de Dios para escoger a Israel de entre todas las otras naciones. Él pudo haber escogido una nación más prestigiosa y poderosa para proclamar su verdad al mundo, pero Él soberanamente predeterminó tener una relación especial y personal con Israel (vea Am. 3:2). Jesús habló de ese tema respecto de los creyentes cuando dijo “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Jn. 10:27).

La elección según la presciencia de Dios es la primera fase de la salvación. El Señor predeterminó antes de la fundación del mundo tener una relación espiritual íntima con ciertas personas, esas que han creído o que aún creerán al evangelio antes del fin de la historia.

La frase siguiente de Pedro en el versículo dos “en santificación del Espíritu”, nos hace regresar a la santificación, la fase presente de la salvación. Eso que estaba en el decreto de Dios en la eternidad pasada (la elección) pasó a la esfera del tiempo a través de la santificación obrada por el Espíritu Santo.

Eso significa que los creyentes somos salvos, mediante el obrar del Espíritu: “Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn. 3:5). De modo que el poder santificador del Espíritu comienza cuando somos salvos. La santificación incluye el ser apartado del control del pecado, la muerte, el infierno y Satanás y ser capacitado por el Espíritu Santo para vivir una vida de obediencia, conformada más y más a la imagen de Jesucristo.

Vivir una vida de obediencia es la tercera y futura fase de la salvación, como señala la afirmación de Pedro: “para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (v. 2). El propósito más extenso de la salvación es que todos los creyentes vivamos el resto de nuestra vida andando en obediencia al Señor. El apóstol Pablo ilumina y resume la fase futura de la salvación en Efesios 2:10 “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”.

UN COMPROMISO DE OBEDIENCIA

La breve declaración de Pedro en 1 Pedro 1:2, “y ser rociados con la sangre de Jesucristo”, nos pone delante un interesante reto interpretativo. Las palabras del apóstol son pertinentes a nuestra discusión de la cuestión de la salvación, pero a primera vista su significado podría parecer algo extraño y oscuro. El significado, sin embargo, era claro para los lectores originales de Pedro, que incluía a muchos judíos convertidos. Se refería al siguiente pasaje clave del Pentateuco, y a la ceremonia gráfica que describe:

“Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho. Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel. Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas”.

(Éx. 24:3-8)

Al comienzo de Éxodo 24, Moisés acababa de recibir la ley de Dios (los Diez Mandamientos y muchas otras ordenanzas) en el Monte Sinaí. Antes de la nueva ley mosaica, Dios había revelado su voluntad y sus caminos a su pueblo de muchas maneras diferentes. Pero a partir de ahí, su voluntad sería escrita de manera concreta y específica, todas las cosas en las leyes morales y ceremoniales y todas las leyes de la vida económica y social.

Después de descender del Sinaí, Moisés con la ayuda del Espíritu Santo, verbalmente relató la voluminosa ley de Dios al pueblo. Y ellos respondieron oralmente a una voz de compromiso

bíblico, básicamente diciendo: “Obedeceremos todo lo que hemos oído”. Así comenzó un proceso de compromiso entre Dios y su pueblo. Dios acordó, en la forma de la ley mosaica, proporcionar un paquete de criterios para el comportamiento del pueblo que cuando eran violados tendrían ciertas implicaciones morales y espirituales. El pueblo aceptó, en la forma de su voto público voluntario, obedecer las palabras de Dios y seguir el sendero de la justicia que su ley ahora establecía.

A continuación de la repetición oral de la ley, Moisés (presumiblemente a través de la noche) escribió, bajo la inspiración del Espíritu Santo, todas esas palabras de la ley. Temprano, la mañana siguiente edificó un altar al pie del Monte Sinaí para simbolizar públicamente el sello del pacto hecho el día anterior entre Dios y el pueblo. Para representar la participación de cada individuo, la característica prominente del altar consistía de doce columnas de piedra (realmente, montones de piedras), una por cada tribu de Israel. Para expresar mejor la solemne decisión de cada uno de obedecer la ley de Dios, ofrendas quemadas y ofrendas de paz de becerros eran ofrecidas en la presencia del Señor.

A continuación, Moisés hizo algo verdaderamente fascinante con toda la sangre producida a medida que los becerros eran sacrificados y preparados para las ofrendas. La mitad de la sangre permanecía en grandes vasijas, y la otra mitad era esparcida por Moisés sobre el altar, que representaba a Dios. El derramar la sangre era el próximo paso demostrable y simbólico que Moisés tomó para ratificar el pacto.

Entonces, como si quisiera reforzar la importancia de su contenido, Moisés permitía que el pueblo tuviera una segunda oportunidad de oír la ley mediante la lectura de todas las palabras que había escrito la noche antes. El pueblo de Israel respondió exactamente como lo había hecho cuando escuchó la lectura de la ley el día anterior: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos” (v. 7).

Finalmente, Moisés selló el pacto hecho entre Dios y el pueblo al tomar la sangre de las vasijas y rociarla sobre el pueblo. La sangre era la demostración física de que se había hecho un compromiso entre dos partes. La sangre sobre el altar simbolizaba el acuerdo de

Dios de revelar la ley. La sangre sobre el pueblo simbolizaba su acuerdo de obedecer esa ley.

Así que el intenso simbolismo de Éxodo 24:3-8 es un paralelismo excelente con las declaraciones con respecto a la salvación en 1 Pedro 1:2. Cuando Pedro dice: “y ser rociados con la sangre de Jesucristo”, el apóstol simplemente quiere decir que cuando un creyente confía en Cristo, acepta su parte del nuevo pacto. Dios permitió al profeta Ezequiel predecir ese principio: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ez. 36:26-27; vea Jer. 31:33).

De modo que la salvación era y es un pacto de obediencia. Dios ofrece su Palabra, sus medios de gracia, sus bendiciones y cuidados, y nosotros respondemos con la promesa de obedecer. Es como si la sangre que fue rociada en Cristo, el sacrificio perfecto, fue entonces rociada sobre nosotros debido a nuestra aceptación de su nuevo pacto. ¡Qué cuadro tan hermoso es este!

LA OBEDIENCIA EN PRÁCTICA

Cuando vinimos a un fe salvadora en Jesucristo, entramos en un ámbito de obediencia completamente nuevo. Antes de eso, habíamos sido obedientes a la carne, al mundo y al diablo y éramos controlados por todas las diferentes facetas del pecado. Pero como creyentes, ahora debemos ser obedientes a la justicia de Cristo.

Romanos 6:16-18 nos recuerda cual es nuestra posición en Cristo y, por lo tanto, qué clase de actitud obediente debemos tener:

“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia”.

Primero el apóstol Pablo expresa el hecho obvio de que cuando alguien se presenta a sí mismo como esclavo de otra persona, la cuestión primordial es la obediencia, es decir, hacer lo que dice el amo. Eso es verdad ya sea el caso de un inconverso y siervo del pecado, o el de un creyente y siervo de Cristo.

Entonces Pablo toma esa simple ilustración y la aplica a la frase crucial: “habéis obedecido de corazón” en el versículo 17. La obediencia de corazón debe ser una actitud que controla y un deseo en cada cristiano. El creyente debe tener un deseo tan fuerte de obediencia que constantemente manifiesta la obediencia como una característica fundamental de su vida cristiana. Los creyentes llegamos a ser tan obedientes a lo que la Palabra de Dios nos enseña que llegamos a ser “siervos de la justicia” (v. 18).

Otros pasajes del Nuevo Testamento dejan claro que no es suficiente para los creyentes simplemente oír o leer la palabra (vea la firme advertencia y la seria ilustración en Mateo 7:21-27). La pregunta fundamental es: ¿Estamos obedeciéndola?

El apóstol Santiago se ocupa de la importancia de la obediencia cuando declara: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”. Cuando alguien no aplica regularmente las Escrituras a su vida, está engañándose acerca de su verdadera condición espiritual. Santiago ilustra ese principio de esta manera: “Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era” (vv. 23-24). Permítame que ilustre esto más ampliamente con un ejemplo más contemporáneo.

Suponga que un hombre decide un día afeitarse su barba o su bigote. Mientras se afeita, una llamada telefónica lo interrumpe. Cuando termina la conversación, se olvida de que se había estado afeitando y, en cambio, termina de vestirse y sale a trabajar solo para encontrarse con la risa y las bromas de sus compañeros de trabajo, quienes le dicen cuán ridículo se ve. Eso es lo que ocurre con cualquiera que solo da un vistazo a la Palabra, se aleja y no la aplica a su

vida. No se percata de cuán mala es su situación espiritual y vive engañado con respecto a sus necesidades espirituales.

Eso verdaderamente es aplicable a un inconverso que oye el evangelio pero no toma el tiempo para darle seria consideración. Las palabras de verdad no penetran y permanece engañado con respecto a su verdadera condición. Santiago 1:23-24 también es aplicable a una persona que asiste a la iglesia, oye la Palabra predicada, hace una profesión de fe, piensa que es cristiano, pero nunca aplica a su vida nada de lo que oye.

Desafortunadamente, un creyente genuino también puede ser engañado con respecto a cierta área de la vida cristiana en la que está pecaminosamente deficiente, vive como vivía antes y es engañado con respecto a la verdadera condición de su vida espiritual.

Santiago concluye presentando un perfil del cristiano obediente: “Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (v. 25). En el texto griego, el verbo “mira atentamente” se refiere a una mirada concentrada y prolongada para poder valorar algo correctamente. Usted debe examinar la perfecta ley de la libertad, que es la Palabra de Dios que lo libera del pecado y de la muerte (vea Jn. 8:32; 1 P. 1:23-25; 2:2) y permanecer en ella. Solo siendo “un hacedor eficaz” en vez de “un oidor olvidadizo” será plenamente bendecido. Una actitud de obediencia produce verdadera bendición.

En conclusión, cuando experimentamos la salvación, hicimos con el Señor un pacto simple, pero de largo alcance. Por lo tanto, la actitud de obediencia debe acompañar la actitud de fe en la vida cristiana porque ambas son fundamentales para nuestra salvación. Las iglesias que tienen la bendición de tener a creyentes que exhiben las dos columnas de la fe y la obediencia también estarán llenas de gozo, poder y bendición de Dios.

BIENAVENTURADOS LOS HUMILDES

La verdadera espiritualidad, que siempre caracteriza la fe bíblica y la obediencia, también va acompañada de la actitud de humildad. Esa actitud se encuentra en el centro mismo de la vida cristiana. Es el fundamento de todas las gracias, aún así tanto de lo que pasa por el cristianismo en nuestros días enfatiza el orgullo y el amor propio, cosas que también eran prominentes en el judaísmo en tiempos de Jesús. Los judíos, sobre todo los escribas y los fariseos, exhibían su religión externa delante de otros y esperaban recibir en cambio alabanzas y halagos. Jesús denunció esa hipocresía cuando enseñó a los doce y a otros discípulos lo siguiente:

‘Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor

de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”.

(Mt. 23:5-12)

LA ENSEÑANZA DE JESÚS ACERCA DE LA HUMILDAD

Los dirigentes judíos obviamente no prestaron atención a las instrucciones anteriores del Señor en contra del orgullo espiritual al que había aludido en las primeras bienaventuranzas: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mt. 5:3-6). Cada una de esas piadosas actitudes, con sus consiguientes promesas, describe a personas que están en el reino de Dios. Identifican a esas personas que tienen consuelo en todas las cuestiones importantes de la vida y que pueden mirar adelante el día cuando heredarán la tierra en su forma final, es decir, las glorias del nuevo cielo y la nueva tierra. Y cada bienaventuranza describe una faceta de la humildad.

Pobreza de espíritu

Cristo comienza el sermón con la frase: “Bienaventurados los pobres en espíritu”. “Pobre” es el vocablo griego *ptochos*, que significa alguien que es tan pobre que tiene que mendigar. Era usado específicamente de mendigos que no tenían oficio o que estaban demasiado incapacitados para trabajar. Esas personas tan pobres estaban en bancarrota económica, totalmente destituidas y sin ningún medio de sostén.

El reino de Dios pertenece a los que están espiritualmente destituidos. Todos los que son genuinamente salvos se han percatado de su propia bancarrota espiritual. De modo que sabían que no podían entrar sobre la base de algún mérito personal. En resumidas cuentas, el reino pertenece a todo aquel que, como el publicano de la parábola de Jesús tenía esta actitud: “Mas el publicano, estando lejos, no que-

ría ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lc. 18:13).

En contraste, formar parte del reino de Dios no pertenece a quienes cuentan con su bautismo, su educación eclesial o su herencia cristiana. La entrada en el reino tampoco pertenece a las personas que solo cuentan con una fecha cuando “hicieron una decisión por Cristo” o cuando pasaron al frente al final del culto. Asimismo, quienes se enorgullecen de su conformidad con todas las formas externas de la tradición de su iglesia, que ofrendan sistemáticamente para los diferentes ministerios y que están siempre ocupados en actividades religiosas no pueden presumir de tener entrada automática en el reino. Los únicos que pueden reclamar esa seguridad son aquellos que humildemente se han abandonado a la misericordia de Dios, fueron limpiados de sus pecados y, por lo tanto, “descendieron a [sus] casas justificados”, tal como Jesús describió al publicano en Lucas 18:14.

Llanto espiritual

Las personas que comprenden y hacen frente a su bancarrota espiritual también “lloran” por sus pecados. Ese no es un llanto inadecuado que manifiesta tristeza por planes pecaminosos que son frustrados (vea 2 S. 13:2) o que manifiesta una tristeza prolongada y deprimida o una cantidad anormal de pesar debido a lealtades y afectos equivocados (vea 2 S. 18:33—19:6). Esa clase de llanto es erróneo y con frecuencia se relaciona con culpa egoísta, infidelidad y con una falta de confianza pecaminosa en el Señor.

El llanto del que Jesús habla en Mateo 5:4 ni siquiera es el mismo que la forma legítima que todos manifestamos de vez en cuando como algo normal en la vida, tal como cuando un ser querido muere (vea Gn. 23:2). Tampoco es la clase de llanto que tiene lugar cuando un creyente está desanimado en el ministerio (2 Ti. 1:3-4), cuando está triste por el pecado de otro (Jer. 9:1), o cuando los creyentes están preocupados por el bienestar espiritual de otros cristianos (Hch. 20:31—37.38), o cuando están angustiados por las dificultades de un familiar o un amigo (Mr. 9:24).

Jesús ciertamente sabe con respecto a todas esas tristezas correc-

tas de los creyentes, y Él les proporcionará toda la ayuda que necesitan para hacer frente a las pruebas. Pero esa no es la cuestión en Mateo 5. En el versículo 4 el Señor se refiere a un llanto piadoso que solo los que están seriamente en busca de Él para la salvación o los que ya lo conocen pueden experimentar. Pablo felicitó a los corintios por esa clase de llanto (tristeza): “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, iqué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto” (2 Co. 7:10-11).

De los nueve diferentes vocablos griegos usados en el Nuevo Testamento para expresar *tristeza*, el que es traducido “lloran” en Mateo 5:4 y en otros pasajes representa los sentimientos más fuertes y la tristeza más sincera (vea Mr. 6:10; Ap. 18:11, 15; y Gn. 37:34 [Antiguo Testamento griego]). Además, comunica el concepto de una profunda agonía interior, acompañada algunas veces por una manifestación externa de llanto y lamento. Cuando David lloró por su pecado y lo confesó, declaró:

“Bienaventurado aquel cuya trasgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño”.

(Sal. 32:1-2)

En Mateo 5:4, Jesús usa el participio presente *penthautes* que indica una acción continua. Creyentes fieles y maduros tendrán una actitud constante, de toda la vida, de llanto o quebranto por el pecado que les permitirá ver más y más del amor y la misericordia de Dios y menos, y menos de su propio orgullo. La verdadera expresión de esta actitud (no permitirá la entrada de la compasión por uno mismo ni de la falsa humildad) no se centra en la persona ni en su pecado, sino que humilde y felizmente mira a Dios quien es el único que puede perdonar la iniquidad. Es la actitud que Pablo expresó en Romanos 7

cuando describió su constante batalla contra el pecado y concluyó diciendo: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (vv. 24-25).

Si continuamente lloramos por el pecado seremos continuamente consolados. Aunque podemos conocer ese consuelo en el presente (Mt. 11:28; 2 Ts. 2:16), este será completado solo en la gloria del cielo, donde: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4).

Mansedumbre

La actitud de mansedumbre (Mt. 5:5), según la divina sabiduría de nuestro Señor, ocupa lugar en la presentación lógica de las bienaventuranzas. La pobreza de espíritu nos lleva a alejarnos de nuestro orgullo pecaminoso y a llorar debido a nuestras injusticias. Entonces la mansedumbre, que también es un producto de nuestra humildad, nos hará buscar la justicia de Dios.

El vocablo griego (*praos*) traducido “mansos” en el versículo 5, esencialmente significa “tierno” o “suave” y a veces describe a una medicina relajante o a una brisa suave. También describe el temperamento de animales cuyos espíritus salvajes naturales han sido quebrantados para hacerlos útiles como animales de trabajo. En los seres humanos define una actitud que era humilde, sumisa, tranquila y compasiva. Aunque Jesús, durante su entrada triunfal en Jerusalén, fue aclamado como el Rey de los judíos, Mateo dice también que venía “manso, y sentado sobre una asna” (21:5).

La mansedumbre ha sido siempre la voluntad de Dios para su pueblo. Job. 5:11 dice de Dios: “Que pone a los humildes en altura, y a los enlutados levanta a seguridad”. Números 12:3 dice: “Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” y David, el hombre según el corazón de Dios, escribió que el Señor: “Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera” (Sal. 25:9).

La mansedumbre es enfatizada también a través del Nuevo Testamento. Además de la enseñanza de Jesús acerca del tema, Pablo tiene mucho que decir. El apóstol exhortó a los creyentes en Éfeso así: “Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (Ef. 4:1-2). Instruyó a Tito a instruir a los cristianos de esta manera: “Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres” (Tit. 3:1-2).

En castellano, el vocablo *mansedumbre* y su correlativo *sumiso* algunas veces se les ha asociado con debilidad, pero esa es una interpretación errónea del significado válido. La mansedumbre es poder colocado bajo control, como dice el escritor de Proverbios: “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoa de su espíritu, que el que toma una ciudad” (Pr. 16:32). En contraste, el individuo que no es manso es comparado a “una ciudad derribada y sin muro” (Pr. 25:28). La mansedumbre siempre usa sus recursos adecuadamente, contrario a las emociones fuera de control que tan frecuentemente son destructivas y que no tienen un lugar en la vida del creyente.

La mansedumbre tampoco debe igualarse a la cobardía o a la simple amabilidad humana ni con la falta de convicción. Es, en cambio, una virtud extraída del valor, la fuerza, la convicción y una buena disposición procedente de Dios y no de los recursos humanos egocéntricos. La mansedumbre era una característica de nuestro Señor Jesucristo, quien siempre defendió la gloria de Dios y, a la postre, se dio a sí mismo en sacrificio por otros (vea 1 P. 2:21-24). Aunque no amenazaba cuando era criticado, calumniado o tratado injustamente, Jesús respondía adecuada y firmemente cuando el honor de Dios era profanado o su verdad era pervertida o descuidada. Dos veces limpió el templo por la fuerza (Jn. 2:14-16; Mt. 21:12-17), y repetidas veces y enérgicamente denunció la hipocresía de los dirigentes religiosos judíos (Mt. 23:13-36; Mr. 12:13-40; Jn. 8:12-59; 9:39-41).

Igual que Cristo, el manso no se defiende a sí mismo. Eso se debe

a que ha muerto al ego y, por lo tanto, no le preocupan los insultos, las pérdidas materiales ni aun el daño personal. El creyente que posee mansedumbre sabe que en sí mismo no merece defensa y que al fin y al cabo no merece la pena pelear por todas sus posesiones. En ese sentido, la mansedumbre es lo opuesto a la violencia y a la venganza.

El resultado de la mansedumbre, según Jesús, es que quienes la tienen “heredarán la tierra” (Mt. 5:5). Un día Dios reclamará su dominio terrenal, que fue ensuciado por la caída, y los creyentes gobernarán ese dominio con Él. Por lo tanto, los que son mansos, es decir, los verdaderos creyentes pueden confiar plenamente en la promesa de Jesús. El uso que el Señor hace del pronombre griego enfático *autos* sugiere que solo los mansos heredarán la tierra con Él.

El vocablo griego traducido “heredar” (*kleronomeo*) significa “recibir la porción asignada o la herencia legítima”. Es una promesa junta con el Salmo 37:11, que a pesar de la prosperidad presente de muchos inconversos y de los sufrimientos que padecen muchos creyentes, el tiempo de ajustar cuentas viene. El inconverso (a menos que se arrepienta y crea) será juzgado y el creyente heredará las bendiciones que Dios ha prometido.

La imposición de juicio y el otorgar bendiciones yacen en las manos soberanas de Dios y será ejecutado exactamente en su tiempo y según su voluntad. Mientras tanto, sus hijos deben vivir en fe y obediencia, con mansedumbre, sabiendo que entonces “heredarán la tierra”.

Hambre y sed espiritual

La cuarta bienaventuranza: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mt. 5:6) es más positiva y fluye de las tres anteriores. Cuando alguien muere a su ego, llora por su pecaminosidad, y rinde su poder al control de Dios, recibirá un fuerte deseo por la justicia y un anhelo intenso por más de lo que Dios tiene.

Martín Lloyd-Jones define la importancia de Mateo 5:6:

Esta bienaventuranza... es una declaración a la que conducen todas las demás. Es la conclusión lógica a la que lle-

gan, y es algo por lo que todos deberíamos estar profundamente agradecidos a Dios. No conozco un mejor examen que alguien podría aplicarse a sí mismo en la cuestión de la profesión cristiana que un versículo como este. Si este versículo es para usted una de las más benditas declaraciones de toda la Biblia, puede estar bien seguro de que usted es un cristiano. Si no lo es, haría bien en examinar de nuevo los fundamentos. (*Studies in the Sermon on the Mount* [Estudios sobre el Sermón del Monte] [Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1971]1:73-74)

Aunque los creyentes genuinos todavía luchan con la carne pecaminosa (vea Ro. 8:23), desean conocer y obedecer más y más de la verdad de Dios. Eso es evidente en la confesión de David: “¡Oh, cuanto amo yo tu ley!” (Sal. 119:97). El apóstol Pablo expresa la misma pasión por la justicia: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Ro.7:22).

La siguiente historia de la vida real de la Primera Guerra Mundial es una excelente ilustración del profundo significado que la frase de Jesús “hambre y sed” transmite. Cuando Palestina fue liberada, una fuerza de soldados del Reino Unido perseguía de cerca a los turcos que iban en retirada a través del desierto. Los soldados aliados pronto dejaron atrás a la caravana de camellos que transportaba el agua al pasar Beerseba y continuar hacia el norte. Pero después el agua se agotó y los hombres comenzaron a sentir los efectos. La boca de cada uno de ellos se reseco y sus labios se inflamaron y se volvieron de color púrpura. Surgieron los dolores de cabeza, los mareos y los desmayos. Sus ojos enrojecidos y borrosos veían espejismos. En desesperación todos se dieron cuenta que tenían que alcanzar los pozos en Sheriah al anochecer para evitar sufrir miles muertos. Cientos ya habían muerto de sed. Así que los otros pelearon valientemente y expulsaron a los soldados turcos de Sheriah.

Después de la batalla, los soldados británicos más fuertes fueron ordenados a ponerse en atención cerca de las grandes cisternas de piedra mientras se distribuía el agua a los heridos y a los que debían de

hacer la guardia. Mientras que los necesitados se refrescaban, los otros hombres estaban a unos siete metros de donde había miles de galones de agua. Habían agonizado durante muchos días para llegar al sitio del agua fresca y aun así fueron obligados a esperar cuatro horas más antes de disfrutar de esta.

Uno de los militares que presencié aquella marcha se dice que hizo esta aplicación espiritual: “Creo que todos aprendimos nuestra primera verdadera lección bíblica en la marcha de Beerseba a los pozos de Sheriah. Si esa fuera nuestra sed de Dios, de justicia y de su voluntad en nuestra vida, un deseo preocupante, consumidor, completo ¿Cuán ricos seríamos en el fruto del Espíritu?” (E. Blaiklock, “Water” [agua], *Eternity* [eternidad] [agosto 1966], 27).

Esta ilustración muestra que Jesús usó los más poderosos impulsos y anhelos naturales para representar cómo nosotros como creyentes debemos desear profundamente la justicia. “Hambre” y “sed” ambos son participios presentes, que sugieren un deseo y una búsqueda continua. Si conocemos a Cristo, continuamente vamos a ansiar la santidad, tal como anhelamos conocerlo para nuestra salvación. La impecabilidad y la completa semejanza al Señor no ocurren hasta que lleguemos al cielo. Por lo tanto, necesitamos estar siempre y nunca debemos dejar de tener hambre por un mayor crecimiento en la santificación. Esa es una actitud que tendremos cada día (vea Lc. 6:21), si somos verdaderamente mansos. Pablo oraba por los filipenses de esta manera: “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo” (Fil. 1:9-10).

Otra característica del hombre espiritual es que su objeto es abarcarlo todo. Eso se ve claramente en la gramática de Mateo 5:6. Jesús usa un genitivo de objeto, según el texto griego, para el vocablo “justicia”, que lo hace el objeto completo e incuestionable de “hambre y sed”. Los que verdaderamente anhelan la justicia desearán toda la justicia que existe (vea 5.48; 1 P. 1:15-16).

Nuestro Señor usa el artículo determinado griego (excluido de muchas versiones castellanas) delante del sustantivo “justicia” lo que

denota una clase especial de justicia, la justicia, esa que es verdadera y solo procede de Dios, porque la realidad reside en Él.

Finalmente, la actitud de hambre espiritual es incondicional. Si tenemos esa clase de justicia, buscaremos y aceptaremos la justicia de Dios no importa cómo Él la provea, y obedeceremos sus mandamientos por muy desafiante y difícil que sea esa tarea. No seremos como el joven rico (Mr. 10:1-22) quien tenía hambre por las cosas de este mundo más que por las cosas de Dios. Sus condiciones egocéntricas para las bendiciones de Dios le impidieron recibirlas. El que tiene hambre espiritual solo desea a Cristo y su reino (vea Sal. 119:20; Is. 26:9), incluso si eso significa el no tener algunas de las riquezas materiales que las personas del mundo tienen.

Las actitudes que Jesús enseñó en Mateo 5:3-6 deben caracterizar a los creyentes a través de toda la vida en la tierra. Si usted es cristiano, no se convierte en alguien más digno de la salvación o más merecedor de la bondad de Dios que cuando primero entró en el reino. Todavía peca, y todavía es la gracia de Dios lo que lo sostiene. Por lo tanto, nunca hay un tiempo o un lugar para el ejercicio del orgullo egoísta en su vida. Cualquier característica piadosa u obra noble que pudieran manifestarse en usted son la obra del Señor, no de su propia ingeniosidad o en su bondad innata. Es por eso que Pedro nos exhorta en 1 Pedro 5:5-6: "Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo".

EL AGUIJÓN EN LA CARNE DE PABLO

No caben dudas de que Dios quiere que los creyentes tengamos humildad. Pero debido a la pecaminosidad que persiste, a veces Dios hace lo que haga falta para hacernos humildes. Incluso el apóstol Pablo experimentó la obra humilladora de Dios en medio de su ministerio, no solo en su conversión cuando iba rumbo a Damasco:

"Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo; y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar. De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades. Sin embargo, si quisiera gloriarme, no sería insensato, porque diría la verdad; pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve, u oye de mí. Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo".

(2 Co. 12:1-9)

A pesar de que habla más bien indirectamente en el versículo 2 con respecto a "un hombre en Cristo" el contexto hace obvio que Pablo se refiere a sí mismo. Menciona una experiencia sobrenatural extraordinaria que había tenido catorce años antes (probablemente en algún punto entre su regreso a Tarso de Jerusalén [Hch. 9:30] y el comienzo de sus viajes misioneros [Hch. 13:1-3]), los detalles y la realidad de dicha experiencia, Pablo ni los comprendió ni los pudo explicar plenamente. No estaba seguro si fue transportado al cielo corporalmente. Pero Dios sabe cómo ocurrió, y eso es lo que importa.

Cualesquiera que hayan sido los detalles, Pablo fue milagrosamente transportado al "tercer cielo" (el mismo lugar conocido como "el paraíso"), la habitación del Dios Todopoderoso y el lugar de su trono. A pesar del conocimiento incompleto e impreciso con respecto a cómo esas cosas ocurrieron, Pablo repitió, como para enfatizar, su afirmación que verdaderamente había sido llevado al cielo. Estaba

seguro de que el suceso había tenido lugar, e incluso escuchó palabras de origen sobrenatural dichas solo a él. De modo que esa experiencia fue única para Pablo, no importa lo que muchos carismáticos o místicos digan hoy día. Las palabras que escuchó eran también especiales, “palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (v. 4), y más allá de lo que dice el texto, no podemos saber lo que eran.

Pero las diferentes experiencias desconocidas del relato de Pablo carecen de importancia. Su verdadero propósito al escribir de su increíble experiencia es relatar lo que aprendió con respecto a la humildad. El apóstol sabía que no se le había otorgado un viaje especial al cielo porque era muy espiritual y merecía ese privilegio. Aunque un parte de él deseaba celebrar y regocijarse con la memoria de ese viaje, se inclinaba más a mirar atrás y regocijarse en su debilidad.

Ese incidente y otras muchas visiones y revelaciones (vea Hch. 9:3-18; 16:9-10; 27:23-24; Gá. 1:12; 2:2; Ef. 3:3) fácilmente pudieron haber hecho que el apóstol se elevara con orgullo y con sentimiento de superioridad. Es por eso que 2 Corintios 12:7 dice: “Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera”.

Pablo habla metafóricamente de “un agujón” pero el agente de su humildad es comparado mejor con una púa afilada que podía penetrar profundamente en su orgullosa carne. No era una cosa pequeña como la espina de un rosal, sino algo lo suficientemente importante capaz de humillarlo de verdad. De hecho, era un mensajero de Satanás a quien Dios permitía que impidiera que Pablo se inflara de orgullo. Y está claro que esa persona obraba por mandato de Dios para afligir a Pablo porque el apóstol pidió al Señor tres veces, sin éxito, que le quitara ese agujón.

Creo que esa referencia particular a una persona poseída de demonio o satánicamente inspirada se refiere al cabecilla de los falsos maestros de Corinto que conspiraban contra Pablo y que devoraban a los creyentes de aquella ciudad. Sin duda, a Pablo no le gustaba ser acorralado por sus adversarios en Corinto y muy probablemente oró pidiendo que Dios los destruyera, así como David oró en los salmos

imprecatorios con respecto a sus enemigos. Pero Dios quería usar al cabecilla de los oponentes de Pablo como un instrumento para humillarlo. El Señor estaba dispuesto, como lo está con frecuencia, a usar cualquier extremo necesario para humillar a uno de sus siervos, aunque eso signifique enviar un mensajero de Satanás para afligir a Pablo, permitir divisiones en la iglesia en Corinto para desafiarlo, o permitir que sus enemigos en Corinto directamente lo prueben hablando mal de su carácter. Es crucial para Dios que los creyentes entiendan y abracen la actitud de humildad.

Segunda Corintios 12:9 explica, además, cuán importante es la humildad para los que conocemos a Cristo: “Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”. Dios enderezó a Pablo y le enseñó que cuando estaba al final de sí mismo y no tenía nada, entonces era más útil en el ministerio. El apóstol, por lo tanto, llegó a comprender que el poder espiritual está directamente relacionado con la humildad y con la bancarrota espiritual. Escudriñó su corazón, dejó que la obra humilladora de Dios continuara, y aprendió a abrazar la adversidad, las falsas acusaciones, las críticas maliciosas, los ataques a su carácter, y muchas tergiversaciones de sus motivos. Esas son las mismas cosas que con frecuencia tenemos que hacer si queremos exhibir una genuina actitud de humildad.

LAS SEÑALES DE LA PERSONA HUMILDE

Algunas de las verdaderas señales del cristiano humilde son resumidas en la exhortación de Pablo a los filipenses: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (2:3-4).

La primera señal básica de la persona humilde es que ve su propio pecado como peor que el de otros. Pablo mismo fue un ejemplo perfecto de esta actitud. “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cua-

les yo soy el primero”. Cuando son *nuestros* pecados los que más nos entristecen y ofenden y son los que más deseamos evitar, entonces demostramos una verdadera medida de humildad.

Otra señal de la persona humilde es que no es egocéntrica (Fil. 2:4). Las personas desinteresadas están más preocupadas con la vida de otros, incluyendo sus actividades, sus éxitos y sus fracasos, sus bendiciones y sus desilusiones, y su prosperidad o pobreza, sus propios intereses, privilegios, popularidad, logros o reputación son secundarios cuando se comparan con las necesidades de otros.

Por supuesto, el Señor tuvo la actitud suprema de desinterés personal, tal como lo expresa Filipenses 2:5-8:

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Cristo estuvo perfectamente dispuesto a poner a un lado sus privilegios divinos y ser separado del Padre para sufrir una agonía inexplicable e incomprensible para que pudiéramos ser salvos. Ese maravilloso y conocido pasaje destaca la magnitud de la humildad de nuestro Señor y Salvador en nuestro favor. Condescendió a nuestro nivel humano, incluso hasta realizar el papel de un esclavo, para que en su muerte sustituta pudiera cumplir el plan de Dios para redimir a todos los que tienen fe y son obedientes a Él.

La actitud de humildad realiza un círculo completo, es decir, regresa a Jesucristo y lo que hizo por los que estaban en bancarrota espiritual, por pecadores completamente indignos. Eso nos lleva a lo que nuestra actitud debe ser si hemos de cosechar los beneficios de su obra expiatoria y entrar en su reino. Esa fue la actitud que Jesús exhortó a sus discípulos que tuvieran:

“En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos”.

(Mt. 18:1-4)

Justo en medio del debate orgulloso realizado por los mismos discípulos con respecto a quién de ellos sería el mayor en el reino, Jesús usó a un niño para ilustrar la humildad. Un niño es totalmente dependiente, y esa es la actitud que debemos tener si procuramos entrar en el reino de Dios. Tenemos que entrar con la fe y la obediencia semejante a la de un niño, y debemos vivir cada día la vida cristiana con una actitud de humildad semejante a la de un niño. Como escribió Augustus Toplady en la segunda estrofa de su gran himno “Roca de la eternidad”:

*Aunque sea siempre fiel
Aunque llore sin cesar
Del pecado no podré
Justificación lograr
Solo en ti, teniendo fe
Deuda tal podré pagar.*

LA NATURALEZA DESINTERESADA DEL AMOR

J. C. Ryle, el obispo evangélico anglicano del siglo diecinueve, escribió lo siguiente acerca del amor en el año 1878:

La caridad [amor] es correctamente llamada “la reina de las gracias cristianas”. “El fin del mandamiento”, dice san Pablo, “es el amor” (1 Tí. 1:5). Es una gracia que todos profesan admirar. Parece ser una cosa práctica y normal que todo el mundo puede entender. No es ninguno de “esos puntos doctrinales conflictivos acerca de los que los cristianos están en desacuerdo. Sospecho que hay miles que no se avergonzarían de decirle que no saben nada de la justificación o de la regeneración, acerca de la obra de Cristo o del Espíritu Santo. Pero nadie, creo, diría que no sabe nada acerca del “amor”. Si los hombres no poseen nada más en la religión, siempre se alaban de que poseen “amor”. (*Practical Religion* [Religión práctica] 1878; [Grand Rapids, Mich.: Baker Books, 1977], 165)

Desdichadamente, no ha habido mucho cambio en más de cien años. El concepto de amor todavía es mal entendido, distorsionado y erróneamente definido por la persona promedio, gracias principalmente a los medios de comunicación y a una cultura popular dominada por el entretenimiento. El amor es definido en términos

subjetivos y sensuales en un sin número de canciones populares de las varias generaciones pasadas. Es vulgarizado constantemente en la avalancha de comerciales y de anuncios que nos confrontan mediante la televisión, la radio, los periódicos, las revistas y ahora por la Internet. Y muchos cristianos están confundidos por el énfasis contemporáneo con respecto a “amor y tolerancia” que promueve un desdibujado distintivo doctrinal ecuménico (vea entre evangélicos y católicos), todo en el nombre de “ministerio cooperativo” para promover ciertas agendas sociales, familiares y morales que supuestamente mejorarán la cultura.

EL AMOR DEFINIDO BÍBLICAMENTE

Como ocurre con cualquier perspectiva errónea, pecaminosa o desordenada acerca de un tema espiritual, la Biblia es la mejor fuente para aclarar nuestro pensamiento tocante al amor. La Palabra de Dios contiene numerosas referencias al amor, pero Efesios 5.1-2 nos proporciona una excelente avenida para adentrarnos en el tema y una estupenda definición:

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”.

Si quiere imitar a Dios y ser conocido como su hijo, ande en amor porque Dios mismo es amor (1 Jn. 4:8; vea Jn. 3:16). El vocablo griego traducido “imitadores” (*mimētai*) es la raíz de nuestro término castellano *mímica*, alguien que copia las características específicas de otro individuo. Como creyentes, debemos imitar las características de Dios, lo que ciertamente incluye su amor. Su propósito en la salvación ha sido redimirnos del pecado y conformarnos “a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29). Pedro nos manda: “como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos,

porque yo soy santo” (1 P. 1:14-16, vea Lv. 11:44).

Solo podemos imitar a Dios en la medida en que permitamos a Cristo vivir su vida perfecta a través de nosotros y depender completamente de su Espíritu que habita en nosotros (Ro. 5:5; Ef. 3:16, 19). Entonces seremos capaces de que “todas [nuestras] cosas sean hechas en amor” (1 Co. 16:14).

Tal como los niños instintivamente imitan las acciones y comportamientos de sus padres, los hijos espirituales deben querer imitar a Dios porque Él les ha dado el derecho de ser sus hijos (Jn. 1:12; Gá. 3:26). Para todos nosotros que somos creyentes, ese era su plan desde la eternidad pasada. Dios “en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad”. Así que, como hijos de Dios es propio que nosotros seamos como Él es en todos los aspectos, es decir, santo, bondadoso, perdonador, humilde y amante.

La más elevada característica divina que podemos imitar es el amor por medio del sacrificio. Como dice Efesios 5:2, Jesús “se entregó a sí mismo por nosotros”. Ese fue el cenit del amor *ágape*, no simplemente buenos sentimientos con respecto a otra persona, sino el darse uno mismo de manera incondicional por el bienestar de otro (vea Jn. 3:16). Cristo no se sacrificó por nosotros porque éramos merecedores de ello (Ro. 5:8, 10), sino por su amor soberano y compasivo, pagando la enorme deuda del pecado por todos los que creen.

La diferencia es evidente entre el amor incondicional de Dios y el amor condicional del ser humano. El amor condicional se manifiesta cuando las personas niegan su amor a cualquier persona que no llena sus expectativas. Eso ocurre con frecuencia entre esposo y esposa. Esa clase de amor tiene altibajos y algunas veces desaparece del matrimonio y puede resultar en separación o divorcio. Pero la pérdida del amor romántico no es una razón bíblica para disolver un matrimonio, porque Dios manda a los esposos a amar a sus esposas incondicionalmente, tal como Él nos ama (Ef. 5:25; Tit. 2:4). El amor romántico ciertamente mejora la relación matrimonial, pero el amor que a la postre mantiene unido a un matrimonio cristiano es la clase

de amor que es de Dios, ese amor que continúa dando aún cuando no recibe nada.

Efesios 5:2 es la definición más clara y preciosa de la actitud del amor que podemos encontrar en la Palabra de Dios. El amor no es primordialmente una emoción que nos hace sentir cálidos y sentimentales. Es, en cambio, un acto de sacrificio. Nos damos cuenta de que cuando vemos que Dios nos ama, como lo evidencia el sacrificio que hizo su Hijo por nosotros. Una actitud de amor genuino dará magnánimamente, una y otra vez e irá la distancia imaginable más lejana, todo ello sin preocuparse de sí mismo.

LA PERVERSIÓN DEL AMOR POR EL MUNDO

Como dije al principio de este capítulo, el mundo mayoritariamente no sabe nada con respecto a la definición bíblica del amor. El apóstol Pablo destaca ese hecho mediante el contraste de la necesidad del creyente de copiar el amor de Dios (Ef. 5:1-2) y evitar las expresiones perversas de amor aportadas por el mundo: “Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos” (5:3).

Satanás siempre falsifica las cosas buenas que Dios establece. En contraste con el amor incondicional y desinteresado de Dios, Satanás promueve un amor lascivo y desenfrenado. Los objetos del amor mundano solo son aquellos que de alguna manera son atractivos, agradables, satisfactorios y recíprocos. Semejante amor puede ser recíproco, pero da poco y espera obtener mucho en recompensa. Nuestro Señor no tuvo ninguna alabanza que pronunciar para esa clase de amor distorsionado: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?” (Mt. 5:46).

No es de sorprenderse que la clase de amor de Satanás inevitablemente conduzca a la inmoralidad y a la impureza. Hoy si alguien es soltero y “se enamora”, con frecuencia lo lleva a la fornicación. Si alguien está casado y “se enamora” de otra persona diferente de su cónyuge, eso frecuentemente conduce a una relación adúltera. Si alguien “se enamora” de otra persona del mismo sexo, esa persona

asume que es correcto mantener una relación homosexual.

El vocablo griego en Efesios 5:3 que abarca las diferentes formas de pecado sexual (“inmoralidad”) es *porneia*, de donde obtenemos el término castellano *pornografía*. Es lo opuesto al vocablo griego *enkrateia*, que normalmente se refiere a la moderación sexual. Esa es la palabra que Lucas usa en Hechos 24:25 para describir la confrontación que Pablo hizo al gobernador Félix: “Al disertar Pablo acerca de la justicia, el dominio propio y del juicio venidero...” En resumen, el apóstol le dijo a Félix, que le había quitado la esposa, Drusila, a su anterior marido y, por lo tanto, vivía en adulterio que estaba pecando al rehusar controlar sus deseos sexuales, y estaba por consiguiente bajo el juicio de Dios.

La pérdida de la moderación sexual también conduce a la “impureza” (*akatharsia*), un término más amplio que *porneia*. Jesús usó el vocablo *akatharsia* para describir la putrefacción en las tumbas (Mt. 23:27), pero los otros usos en el Nuevo Testamento se refieren a pasiones pecaminosas, ideas impuras, fantasías y todas otras formas de pecado sexual.

La inmoralidad y la impureza son expresiones de “ambición” sexual egoísta, y la ambición es en general contraria a la naturaleza desprendida del amor. Esa clase de ambición se disfraza a sí misma como algo atractivo y remunerador, pero en realidad es dañina y odiosa porque no procura desinteresadamente la pureza de los demás, como lo hace el amor. Debido a que la ambición sexual puede parecer tan buena y puede tener un atractivo tan poderoso, cónyuges se abandonan entre sí, las familias se abandonan o destruyen unos a otros y los amigos se odian el uno al otro.

Una ambición sexual desmedida con frecuencia no se detendrá hasta que haya conseguido cumplir sus deseos malignos. Debido a que esos poderosos impulsos existen dentro de las personas, el pecado sexual está totalmente fuera de control, acompañado de una completa insensibilidad hacia los sentimientos y del bienestar de otros, de una terrible violencia y salvajismo e incluso de asesinato. Tristemente, un fenómeno de la pasada generación que ha producido consecuencias bárbaras es el aborto legalizado.

Defensores y practicantes del aborto, y tantas mujeres que han pasado por este proceso, todos ellos son ejemplos de cuán sumida en el egoísmo se encuentra la cultura occidental y cuánto se ha alejado de la aplicación de las definiciones sexuales pecaminosas a las relaciones personales. La batalla del aborto no es sobre el simple derecho de matar a los no nacidos, solo los más descarados sadistas abogarían por tal cosa. La razón subyacente de por qué las personas quieren tener la opción del aborto es para mantener su “libertad sexual” y su conveniencia personal. Sus demandas de tales “derechos” son tan abrumadoras que sus soluciones para las indeseables consecuencias de las relaciones sexuales no es poner fin a la promiscuidad, sino matar al niño no nacido que resulta de esa relación. Las personas están tan obsesionadas con el poder tener relaciones sexuales sin sus implicaciones ni sus responsabilidades que están dispuestas a racionalizar el asesinato de los más indefensos e inocentes miembros de la sociedad. Como lo ha expresado de manera tajante un escritor contemporáneo: “El aborto es la disposición de matar por causa de la disposición de copular”.

LA CORRUPCIÓN DE LA CULTURA POR EL AMOR FALSO

La cultura occidental posee tal obsesión y preocupación centradas en el placer sexual que ha corrompido el mismo centro de dicha cultura. Esa corrupción es un producto principal de la inmensa guerra cultural que está causando estragos hoy día. Los creyentes no siempre se percatan de la extensión, la naturaleza o la intensidad de ese conflicto, pero este se extiende a muchos siglos atrás a lo que Agustín llamó la batalla entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre. Él vio una lucha continua entre el cristianismo bíblico y el sistema mundial satánico. Dentro del ámbito moral de nuestra cultura, el conflicto es casi exclusivamente tocante al sexo, es decir, promiscuidad heterosexual y homosexual, divorcio, aborto y feminismo. Todos ellos realizan un categórico asalto contra el amor genuino.

En la guerra cultural que se libra contra el reino de Dios, Satanás parece estar usando un plan de seis pasos para reunir las fuerzas de su

reino mundanal. Podemos ver su plan desarrollarse más o menos en esta dirección:

- (1) La meta final de Satanás es ganar almas para su causa.
- (2) Una manera poderosa y eficaz por la que Satanás gana adeptos para su sistema es corromper la sociedad. Simplemente establece su propio sistema extraído de la máxima que una buena sociedad es aquella que facilita que las personas sean buenas, y que una mala sociedad es aquella que facilita que las personas sean malas. Satanás influye en la sociedad para el mal aprovechándose de las tendencias de las personas a conformarse con las opiniones, las ideologías y las tendencias establecidas por los noticieros, los anuncios y los medios de entretenimiento. Él lleva a cabo su obra mediante la manipulación de esas fuerzas de la comunicación culturalmente influyentes. Diariamente vemos ejemplos de cómo Satanás controla los medios de comunicación (la excesiva calidad mundana de la programación de las cadenas de televisión, la desproporcionada cantidad de prejuicio secular en los noticieros, las películas de sexo y violencia, una saturación de comerciales materialistas y hedonistas; y mucho más. La proporción del éxito de Satanás puede medirse mediante el criterio de lo fácil que es ser malo en una sociedad que va de mal en peor.
- (3) Otro medio poderoso que Satanás usa para corromper la sociedad es su destrucción de la familia que es uno de los pilares fundamentales donde el amor de sacrificio puede aprenderse diariamente.
- (4) Puede arruinar la familia mediante la destrucción del matrimonio.
- (5) Puede destruir el matrimonio mediante el debilitamiento de la fidelidad sexual, el pegamento que suelda esa relación.
- (6) Finalmente, Satanás destruye la fidelidad sexual mediante la revolución sexual. Esa revolución arrancó en los años sesenta y exige que las personas sean libres para hacer lo que les plazca sexualmente. Como hemos visto, es el punto central

de la trágica redefinición y distorsión del ideal bíblico del amor. Es, además, la herramienta más estratégica de Satanás para emprender la guerra cultural contra la ciudad de Dios y contra todos los que confían en Él.

La revolución sexual quizá demostrará ser la revolución más destructiva de la historia, mucho peor que cualquier revolución política o militar que hayamos conocido. Mientras que la cultura occidental estaba preocupada con la guerra fría, preocupada por la Unión Soviética y sus naciones satélites detrás de la Cortina de Hierro, la carrera de las armas nucleares, la carrera espacial, la amenaza del espionaje extranjero y muchas otras amenazas externas, la revolución sexual poco a poco estaba erosionando y destruyendo el fundamento mismo de la sociedad. Es la fuerza cultural actual lo que nos ha llevado al estado presente de corrupción y relativismo moral.

La sociedad moderna es un cuadro de una cultura que ha redefinido completamente el significado del amor, se ha alejado de la abnegación personal y de la preocupación incondicional por el bienestar de otros y se ha acercado a la avaricia y a la preocupación pecaminosa por la libertad y la “satisfacción” sexual. Nada podría estar más lejos de una comprensión bíblica adecuada del amor. Sin embargo, la nueva definición pone al descubierto lo que Efesios 5:3-7 nos advierte. Pero queda la pregunta: ¿Cómo podrá la sociedad egoísta de hoy, saturada de sexo, ver un despliegue de amor genuino? La respuesta es profundamente ilustrada por nuestro Señor en Juan 13.

EL EJEMPLO DEL AMOR PRÁCTICO DE CRISTO

Juan 13 nos proporciona una penetrante perspectiva de la actitud del amor divinamente inspirado, algo que se necesita desesperadamente:

‘Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el

Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos”.

(13:1-17)

Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris (Jn. 13:12-17).

Ese episodio ocurrió, por supuesto, en el Aposento Alto, durante la fatídica noche ante de la crucifixión de Jesús y cuando Judas Iscariote traicioneramente lo entregó a los dirigentes religiosos judíos y a las autoridades romanas. Mientras tanto, los otros discípulos estaban metidos en un debate egoísta con respecto a cual de ellos sería el mayor en el reino de Dios. Ninguno de ellos parecía tener la más mínima sensibilidad ni la consideración hacia lo que el Señor estaba a punto de sufrir, aún cuando poco antes Él les había dicho que pronto iba a morir y que no estaría con ellos mucho más tiempo. Todos esos factores negativos habrían hecho a los discípulos menos

amables según los criterios humanos normales, pero el versículo 1 dice que el Hijo de Dios “amó a los suyos que estaban en el mundo [y] los amó hasta el fin”. El amor de Cristo hacia los suyos era [y es] incondicional. El amó a los discípulos hasta lo sumo, incluso cuando exhibieron la más terrible indiferencia hacia Él.

El versículo 3 comienza a desplegar la verdadera demostración del amor de Jesús. Sabía que Dios el Padre soberanamente había entregado todas las cosas en sus manos, que había sido enviado a la tierra por el Padre, y que regresaría a Dios en el tiempo determinado. No hay duda de que Jesús agonizó (en el Huerto de Getsemaní) con respecto a la cercana realidad de su muerte expiatoria en la cruz, pero Él no tenía temor alguno con respecto a los resultados de los acontecimientos (vea Jn. 17).

Con la perfecta seguridad de que todos los sucesos que le rodeaban estaban bajo el control de Dios, Jesús dirigió su atención amorosa hacia los discípulos (v. 4). Se despojó de su manto y se quedó solo con su ropa interior, probablemente dejó sus piernas y su torso al descubierto. Entonces tomó una toalla y se dio a la tarea de lavar los pies de los discípulos.

En el Antiguo Oriente Medio era apropiado, tanto por costumbre como por necesidad, lavar los pies antes de comer. En aquellos tiempos las personas usaban sandalias sin calcetines al andar sobre los polvorientos caminos y los senderos sin pavimento. Era apropiado que el anfitrión de un banquete o uno de sus siervos lavaran los pies sucios de los invitados. Puesto que se acostumbraba tener cenas prolongadas con los asistentes reclinados junto a los pies de los otros, tener los pies limpios mejoraba grandemente la comodidad total de los invitados.

La tarea de lavar los pies normalmente correspondía a los esclavos que pertenecían al nivel más bajo en la escala social. De modo que no era un trabajo agradable. Evidentemente la habitación en Jerusalén que Jesús y sus discípulos habían conseguido para celebrar la Pascua no tenía un esclavo disponible, y ninguno de los discípulos se ofreció como voluntario para lavar los pies de los otros. Al parecer, ninguno quería humillarse a sí mismo de tal manera que quedara descalificado

para ocupar la posición más alta en el reino, puesto que el debate tocante al reino aún estaba fresco en la mente de cada uno de ellos.

Cristo, por lo tanto, humildemente tomó la iniciativa y comenzó a hacer lo que ninguno de los que estaban en la habitación estaba dispuesto a hacer. Cuando fue a Pedro con la toalla y el lebrillo con agua, debió haber habido un silencio mientras los hombres contemplaban al Rey de gloria realizar una de las tareas más serviles y desagradables. Pero Pedro, en su frecuente papel de vocero del grupo, pronto rompió el silencio.

Simón Pedro le pregunto a Jesús: “Señor, ¿tu me lavas los pies?” (v. 6) como si le dijera: “Señor, no debes hacer semejante cosa”. La respuesta de Jesús “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después” (v. 7) indicaba que Pedro y los otros todavía no entendían la magnitud de la condescendencia del Señor en beneficio de ellos (vea Fil. 2:5-8).

Pero Pedro, en su típicamente osada manera de actuar, persistía en decirle al Señor que no era nada correcto que Él le lavara los pies. Eso motivó al Señor a poner las cosas en su sitio tocante al significado espiritual de lo que iba a hacer: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo” (v. 8). Lo que Cristo quiso decir es fundamental: Pedro y cualquier otro que quiera tener una relación salvadora con Dios necesita tener un corazón lavado y limpiado por Cristo.

De alguna manera lo que Pedro y sus condiscípulos habían aprendido antes a través de Jesús simplemente no encajaba en la mente de cada uno de ellos. Sabían que Él era “El Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mt. 16:16) que había venido a “buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10). Habían presenciado su poder en varios milagros y lo habían oído enseñar que tenía que morir (Jn. 12:24-25, 32-33). Pero todavía tenían dificultad para aceptar todas las verdades, especialmente lo de la ejecución del Señor en la cruz y comprender todas las implicaciones.

Pedro perseveró en la búsqueda de entender lo que Jesús estaba diciendo. Dio un cambio radical e insistió en que Cristo lavara “no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza” (v. 9). Definitivamente quería una relación con Cristo, pero no tenía claro

aún exactamente lo que necesitaba del Señor en aquel momento. Jesús, por lo tanto, iluminó más ampliamente la importancia espiritual de su acción: “Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos” (v. 10).

Esencialmente Jesús estaba diciendo que hubo un tiempo cuando todos los que somos creyentes experimentamos el lavamiento de la regeneración. Eso fue cuando fuimos lavados espiritualmente de cabeza a pies y nuestros pecados fueron completamente limpiados. Pero mientras caminamos por el mundo y nos contaminamos con el polvo y el sucio de una sociedad pecaminosa, necesitamos la confesión diaria, el arrepentimiento y la limpieza que mantiene nuestros pies limpios y nos permite tener comunión con Cristo y fielmente realizar su voluntad.

Las palabras de Jesús también aseguraron a Pedro que verdaderamente había sido salvo y limpiado de sus pecados. No necesitaba otro baño, sino solo la constante limpieza espiritual del lavamiento de los pies que mantenía su andar con el Señor.

Entonces Jesús terminó la tarea de lavar los pies de los otros discípulos y en ese momento resumió el significado total de sus acciones (vv. 12-16). Esa era una profunda lección objetiva con respecto a cómo funciona el amor. Les había amado hasta el fin, hasta lo sumo, que significa que humildemente puso de manifiesto el sacrificio desinteresado y llenó sus necesidades al nivel más bajo, hasta la mayor humillación. Ese desinterés muy pronto iría más allá de lavar los pies a su acto supremo de amor, es decir, su muerte en la cruz, cuando Él llevaría sus pecados y los nuestros, incluyendo todos aquellos pecados de indiferencia y orgullo que con frecuencia nos hace tan poco amables. Obviamente, la actitud de amor de Jesús, tan claramente demostrada en sus acciones, puede vencer aún la mayor resistencia que los pecadores pueden acumular en su contra.

LA APLICACIÓN DEL AMOR GENUINO

Aunque Jesús define el lavar los pies como un ejemplo de amor que

los discípulos deben seguir (Jn. 13:15), quizás explica con la mayor claridad la aplicación del amor en Juan 13:34-35: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”.

Sencillamente debemos seguir el modelo de Jesús y amar a otros, demostrándolo al suplir sus necesidades con sacrificio. Y debemos hacer eso aparte de simples impulsos emocionales y sentimientos altruistas, sin tomar en cuenta el atractivo humano que el recipiente de nuestro amor pudiera poseer (o la falta de este).

Sobre todo, seguir el modelo del amor genuino de Jesús requiere un verdadero desinterés que va contra la corriente de todo lo que la cultura moderna considera importante. Como podrá discernir de nuestra previa consideración de la presente guerra cultural, la cultura occidental está absorta en sí misma, probablemente más que en cualquier otro período de la historia. Las personas están totalmente centradas en sus propias necesidades y deseos, siempre hablando acerca del amor, pero sin entender nada de su verdadero significado. Definen el amor primordialmente en función sexual y contemplando como constantemente recibiendo, pero casi nunca dando. De modo que el desafío por los creyentes es: ¿Cómo puede brillar el verdadero amor en medio de una cultura tan llena de tinieblas?

Nuestro Señor contesta esa pregunta en Juan 13:35: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”. Si el Cuerpo de Cristo ha de conformarse a la imagen de Cristo, y lo está (vea Ef. 3:16-21), entonces sus miembros tienen que demostrar el amor que Él les ha manifestado y sacrificarse a sí mismos unos por otros. Eso podría significar todo desde lavar los pies, manifestado en actos prácticos de servicio, hasta dar nuestra vida. Dar la vida no significa necesariamente tener que morir por alguien. Pero podría implicar dedicar el resto de una vida cuidando del cónyuge incapacitado o de otro familiar cercano.

Una de las cartas memorables y alentadoras que he recibido como pastor vino de una joven que estudiaba en la Universidad del Sur de California y enseñaba una clase de escuela dominical en Grace

Community Church. He aquí como describió el cambio profundo de su corazón hacia las jovencitas que enseñaba:

Tenía una clase de niñas del departamento de primarios. Insistía en decirme que las amaba, amaba el rizo de sus cabellos y sus sonrisas y amaba sus lindos vestidos. Simplemente amaba el hecho de que eran niñas pequeñas muy dulces. Entonces, un día, llegué a comprender que estaba invirtiendo como diez minutos en preparar la lección y comprendí que en verdad no las amaba porque no hacía ningún sacrificio para llevarles el más grande regalo que podía entregarles, que era la verdad de la Palabra de Dios. Me puse de rodillas delante de Dios y le confesé mi actitud poco afectuosa. Tenía sentimientos emocionales hacia aquellas jovencitas. Pero no las amaba. Amor significa prepararme diligentemente para darles lo mejor, incluso si eso significaba no asistir a un partido de fútbol, o a cualquier otra actividad universitaria.

Esa es una ilustración excelente de cómo un estudiante universitario, con la ayuda de Dios, llegó a comprender el significado bíblico del amor y eso ejemplifica la clase de acercamiento que todos los cristianos deben tomar si quieren que la vida de cada uno de ellos manifieste una actitud de amor sincera y piadosa.

LA UNIDAD: PERSEVERANCIA EN LA VERDAD

Nada es más demoledor o devastador para una familia que la discordia interna. Toda clase de pecados puede causarla: El orgullo, el egoísmo, la ira, la amargura, la envidia, la codicia y cosas semejantes. Y si esos pecados pueden arruinar familias, matrimonios, relaciones de negocios o amistades, sin duda alguna también pueden socavar o destruir la unidad de la iglesia. Como pastor y como dirigente de una iglesia, no hay nada más aterrador que contemplar cómo los pecados antes mencionados intensificados por un espíritu competitivo y conflictos de personalidad causan discordia y desunión entre los cristianos.

Si los creyentes fuéramos diligentes en la búsqueda congruente de los pilares del carácter bíblico: La fe, la obediencia, la humildad y el amor, la devoción por la unidad sería automática. Pero en el mundo real donde la iglesia funciona, la unidad es muy frágil y siempre susceptible a trastornarse. Como vimos respecto de la actitud del amor, el bien que Dios establece siempre será el blanco de los ataques destructivos de Satanás.

Satanás usa la pecaminosidad de los creyentes para promover la desunión dentro de la iglesia. Cuando dos o más personas insisten en hacer las cosas a su manera, las prioridades individuales a la postre entrarán en conflicto, y resultarán en discusiones. La unidad de la

iglesia no puede existir en manera alguna si las metas propósitos e ideales de sus miembros son impulsados por motivos personales.

Tal desunión contenciosa entre los cristianos puede causar toda clase de daños. Dios es ofendido y deshonrado, la iglesia es desacreditada y desmoralizada y el mundo es desilusionado y afirmado en su incredulidad. Esos resultados negativos no son dignos del precio que la iglesia tiene que pagar para que unos pocos creyentes arrogantes puedan satisfacer su ego. Es imperativo preservar la unidad.

LAS INSTRUCCIONES DE PABLO CON RESPECTO A LA UNIDAD

El apóstol Pablo tenía mucha experiencia de primera mano con el problema de la desunión en la iglesia. La mayor parte de los tres primeros capítulos de 1 Corintios trata del fraccionalismo y la discordia dentro de la iglesia en Corinto. Pablo sabía el daño que podía causar tal disputa interna (1 Co. 3:1-4) y, por lo tanto, es lógico que él exhortara a los creyentes en Éfeso y en todo lugar a mantener la unidad: “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Ef. 4:3-6).

Mantener la verdadera unidad espiritual debe ser la preocupación constante de todo creyente. El vocablo griego traducido “solícitos” (v. 3) básicamente significa “darse prisa”, y en este contexto denota tener un celo diligente y santo. Ese esfuerzo por mantener la unidad, por lo tanto, es algo que no debe darse por sentado o procurado de manera casual o periódica.

La unidad de la que Pablo habla no es de manufactura humana ni creada por una iglesia. Tampoco es la obra de ciertas denominaciones o movimientos ecuménicos. Él se refiere a la unidad interna que vincula a los verdaderos creyentes a medida que esta obra en sus vidas. Es la unidad generada por el Espíritu Santo y es expresada así en otro sitio por el apóstol: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu... Pero ahora son

muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo” (1 Co. 12:13,20; vea Ro. 8:9). Y esa unidad es mantenida “en el vínculo de la paz”, que es un cinturón espiritual que rodea y une a los creyentes (vea Fil.2:2; Col. 3:14).

En contraste, el mundo incrédulo no sabe nada de la verdadera unidad que el Espíritu de Dios puede dar (vea Is. 48:22). Estatutos humanos, tratados y acuerdos no pueden producir paz y unidad verdaderas. En tanto que el mundo enfatiza sentimientos egoístas, prestigio y derechos jamás se conseguirá la verdadera armonía.

Pablo enfatiza más ampliamente la definición de la unidad espiritual en Efesios 4:4-6 al enumerar las características más destacadas de la verdadera doctrina y práctica cristianas: “Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”. Sin comprender y abrazar esos aspectos espirituales internos de la unidad, los creyentes nunca pueden experimentarla prácticamente. Esas cruciales características son puestas de manifiesto de la manera más simple en la perfecta unidad que la Trinidad promueve.

La unidad en el Espíritu Santo

La verdadera iglesia está compuesta de todo creyente que ha puesto su confianza en Jesucristo para su salvación. Es un conjunto de santos sin ninguna división sectaria, étnica o geográfica. Merece solo el nombre de “Cuerpo de Cristo” y no ninguna otra etiqueta que los hombres quieran colocarle.

Todo creyente es cohabitado por el solo y único Espíritu Santo de Dios quien mantiene unida a la iglesia. Cada uno es un templo individual del Espíritu (1 Co. 3:16-17), “en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2:21-22). El Espíritu Santo es una “garantía” divina (Ef. 1:14) quien asegura que cada cristiano estará presente en la cena de las bodas del cordero (Ap. 19:9).

Si es usted un creyente, también está unido con otros creyentes

“en una misma esperanza de vuestra vocación” (Ef. 4:4). El Espíritu Santo lo llama para la salvación, pero también lo llama a la madurez, es decir, a la semejanza de Cristo (Ro. 8:29, Ef. 1:4), lo que incluye un compromiso a la unidad. Hay diferentes dones espirituales, varios ministerios y muchos lugares donde podemos servir a Dios, pero hay un solo llamamiento.

La unidad en Cristo y su doctrina

Está claro que tenemos solo “un Señor” (Ef. 4:5), nuestro Salvador Jesucristo. El apóstol Pedro también enfatiza esto en uno de sus primeros sermones: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). Pablo no solamente reiteró esa verdad a los efesios (4:5), sino que también aseguró de esa verdad a la iglesia romana: “Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan” (Ro. 10:12).

Debido a que hay solo un Señor y Salvador, hay también solo un cuerpo de doctrina revelada por Él en el Nuevo Testamento. Eso es a lo que Judas se refiere cuando, con el fin de prevenir la discordia y el trastorno dentro de la iglesia, los exhorta con estas palabras: “Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3). Si, con la ayuda del Señor, estudiamos su Palabra fiel y cuidadosamente, sin las destructivas influencias del mundo ni la ciega tradición o prejuicios personales, impediremos la fragmentación del cuerpo de doctrina en ideas polémicas y contradictorias que inevitablemente conducen a la discordia en la iglesia. La Biblia contiene muchas verdades individuales, pero son aspectos armoniosos de la verdad única de Cristo, que es la expresión de nuestra “una fe” (Ef. 4:5).

Cuando entendemos que estamos unidos por “un Señor” en “una fe”, daremos testimonio de esa unidad por medio de “un bautismo”. Sin duda alguna hay un solo bautismo espiritual, sugerido en Efesios 4:4, por el cual todos los creyentes somos unidos al Cuerpo de Cristo. Pero hay también un bautismo en agua (Ef. 4:5), esa era la

manera común en el Nuevo Testamento de confesar públicamente su fe en Jesucristo y su solidaridad con Él. Los creyentes no debemos ser bautizados en el nombre de una iglesia local ni de un anciano influyente o de algún famoso evangelista ni siquiera en el nombre de un gran apóstol, sino solo en el nombre de Cristo (1 Co. 1:13-17).

La unidad en Dios el Padre

La doctrina monoteísta fundamental del judaísmo es “Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Dt. 6:4), y esa unidad también es básica para el cristianismo, como se expresa en 1 Corintios 8:4-6 y Santiago 2:19. La amplia declaración de Pablo en Efesios 4:6 “un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todo” se refiere a la unidad magnífica y eterna que Dios da a los cristianos por su Espíritu a través del Hijo. El apóstol en Efesios 4 declara una verdad que se refiere a la función singular de cada miembro de la Trinidad y, además, subraya su unidad dentro de la deidad y el hecho de que esa unidad de manera soberana, amorosa y poderosa mantiene unida la iglesia como un solo pueblo.

La unidad en la pureza de la verdad

La implicación de todo lo que Pablo dice en Efesios 4:3-6, además de la verdad esencial de que la iglesia debe mantener su unidad, es que los creyentes debemos unirnos alrededor de la verdad y nunca a costa de la pureza o claridad doctrinal. Debemos esforzarnos en pos de una unidad que esté basada en un entendimiento común de quien Dios es y cuál es su voluntad, derivado de un entendimiento común de las Escrituras.

Hay, sin embargo, dos amplias tendencias dentro de la corriente media de la iglesia evangélica hoy día que socavan el concepto de la unidad basada en la pureza. Una es un ecumenismo que dice que todo aquel que *dice* seguir a Cristo es parte del cuerpo, sin importar cuánto algunos de ellos ignoren la sana doctrina y sostengan ciertos errores y herejías. Tal razonamiento dice que necesitamos superar las diferencias doctrinales “intrascendentes” y solo disfrutar el uno del otro y trabajar juntos en toda oportunidad. Pero si la base de esa uni-

dad no es una fe salvadora, genuina en el Señor Jesucristo, dicha unidad es ficticia porque no se basa sobre la verdad.

La otra tendencia dañina es pasar por alto comportamientos y actitudes pecaminosas y abrazar a cada uno de los que se cobijan bajo la sombra de la iglesia, sin tomar en cuenta cuán desobediente es a la Palabra de Dios. Pero el apóstol Pablo, en varias ocasiones, enseñó que la unidad cristiana no acoge a tales personas. Tito 3:9-11 dice: “Pero evita las cuestiones necias, y genealogías, y contenciones, y discusiones acerca de la ley; porque son vanas y sin provecho. Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo, sabiendo que el tal se ha pervertido, y peca y está condenado por su propio juicio”. Un hereje que no se arrepiente, renuncia a cualquier derecho a ser aceptado dentro de la unidad de la comunión de la iglesia. Además, Pablo dijo a los tesalonicenses: “Pero os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros” (2 Ts. 3:6). La “enseñanza” mencionada aquí no se refiere a normas rabínicas o reglas establecidas por los hombres, sino al conjunto de verdades de la fe y la práctica reveladas a Pablo por el Espíritu de Dios.

La cuestión aquí es que la verdadera unidad del Espíritu pertenece solo a los que afirman la verdad de Dios y viven una vida piadosa como resultado de ello. Si hay personas en nuestras iglesias locales que persisten en enseñar error o que rehúsan arrepentirse de su estilo de vida pecaminoso, los que caminamos con el Señor no podemos tener comunión con ellas.

LA PREOCUPACIÓN DE CRISTO POR LA UNIDAD

A pesar de lo que la Biblia enseña con respecto a la base genuina de la pureza doctrinal y moral, muchos en la iglesia contemporánea todavía no entienden la definición bíblica de la unidad. Con presteza señalan a Juan 17:21 “para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”, como si quisieran decir que “Jesús

estaba preocupado de que los cristianos estuvieran unidos a cualquier precio”. Sin embargo, esa es una interpretación errónea del versículo.

Juan 17:21 es parte de la oración sumo sacerdotal de nuestro Señor, que abarca todo el capítulo 17. Cuando Jesús ora “para que todos sean uno”, no está pidiendo que todo el que se convierte al cristianismo se lleve bien con todos los que profesan una fe semejante. No es como si simplemente estuviera deseando alguna clase de unidad en la iglesia, la cual pide al Padre que realice, solo para sufrir la decepción de que a través de los siglos su oración no ha sido contestada. Por el contrario, ¡Si Cristo oró por la unidad, podemos estar seguros de que se cumplió! La oración de Jesús no tiene que ver con cómo debemos llevarnos bien externamente, sino con el hecho de que en la iglesia seremos uno internamente.

Marcus Rainsford, un pastor inglés quien ayudó con la promoción de varias campañas de evangelización de los americanos D. L. Moody e Ira Sankey a finales de los 1800, proporciona esta comprensión adicional del propósito de la gran oración de Jesús:

Necesitamos recordar que la oración de nuestro Señor no es el origen de la unión de la que Él habla, ni la causa de la misma, sino que es el punto y el resultado de esta. No ora para que se establezca una unión entre Él y su pueblo que hasta entonces no ha existido, sino para que esa unión que siempre estuvo en la mente, el propósito y el corazón de Dios y sobre la base por la cual Cristo vino para ser el Salvador, y el Espíritu Santo para ser el Consolador *deba ser disfrutada* y manifestada por su pueblo creyente. Él, por sus palabras, derramaría luz celestial alrededor de ellos, y dentro de ellos, para que caminen en la luz como Él está en luz, y como el amado apóstol enseña en su primera epístola, para que podamos tener “comunión... con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn. 1:3). (*Our Lord Prays for His Own* [Nuestro Señor ora por los suyos] [1895; Chicago: Moody Press, 1950, 1978]. 386-387)

La oración de Jesús por la unidad de los creyentes, reiterada en

Juan 17:23, es por lo tanto, por todos aquellos que vienen a Él para recibir la misma vida eterna, para llegar a ser participantes de la naturaleza divina y para tener la cohabitación del Espíritu de Dios. Cualquier persona que viene a Cristo se hace uno con Él. Y porque comparte su vida, comparte la misma vida espiritual con los demás creyentes. Esa realidad es manifestada con claridad por el apóstol Pablo: “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiéndolo a cada uno en particular como él quiere. Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu... Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo” (1 Co. 12:11-13, 20).

LA MANIFESTACIÓN PRÁCTICA DE LA UNIDAD

La oración de Jesús en Juan 17 ha sido contestada en la medida en que todos los verdaderos creyentes son uno en Él. Y esa unidad orgánica espiritual, nuestra “fe igualmente preciosa” (2 P. 1:1), se convierte en la base de nuestra comunión práctica. De modo que para la iglesia, la unidad genuina, dada por Dios ya está presente. No es una unidad que quienes componemos la iglesia necesitamos invertir una gran cantidad de tiempo y energía tratando de producirla. Pero es una columna de la verdad y, como tal, debemos de mantenerla firme y conservarla con toda diligencia.

Si mantenemos debidamente la preciosa unidad que tenemos, el mundo verá las manifestaciones prácticas de esta. Y de esa manera los inconversos difícilmente podrían recibir un testimonio más creíble de la verdad del evangelio. Las instrucciones de Pablo a los corintios con respecto a cómo demostrar prácticamente la unidad son absolutamente claras: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Co. 1.10).

Unidad doctrinal

Las declaraciones de Pablo en 1 Corintios, en contraste con lo que vimos en Efesios 4:3-6 y su énfasis en la unidad mística del Cuerpo universal de Cristo, hace hincapié en la unidad de la iglesia local, la que hoy aparece vagamente como un criterio de parecer imposible para muchas iglesias. Pero Dios, a través de su Espíritu, nos da el poder de cumplir mandamientos que son humanamente imposibles. Por ejemplo, el mandamiento de Cristo a todos los creyentes: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt. 5:48). Ese elevado nivel de madurez y santificación es alcanzable, y también lo es la meta de que los miembros de una iglesia local estén de acuerdo con las cosas de Dios.

El mandato del apóstol en 1 Corintios 1:10 está claramente expresado en la Reina Valera 1960: “...que habléis todos una misma cosa”. Es potencialmente confuso y espiritualmente perjudicial para los inconversos inquisitivos así como para los nuevos creyentes oír a cristianos supuestamente maduros y conocedores enseñar cosas contradictorias respecto del evangelio, las Escrituras, o los principios de la vida cristiana. Es también dañino si cada uno expresa su propia opinión acerca de ciertas doctrinas. Eso podría resultar en el brote de facciones, cada una de las cuales expresa su propia opinión públicamente y critica a todos los demás.

Si una iglesia local desea tener un ministerio vibrante y eficaz, tiene que hablar con una sola voz en cuestiones doctrinales *esenciales*. Y sus instrucciones no deben ofrecerse como los platos de un menú del que los miembros seleccionan a su antojo e ignoran o critican lo que no les gusta. Desafortunadamente, demasiadas iglesias, universidades cristianas, seminarios y ministerios evangélicos practican esa clase de selectividad doctrinal y ética. Pueden presentar una apariencia de unidad social y organizacional, pero cuando se trata de enseñar verdades doctrinales y bíblicas, flaquean y comunican señales confusas. Por supuesto, aferrarse a lo absoluto y ser dogmático con respecto a la teología o a la ética no es algo popular hoy día.

La mayoría de las personas, incluyendo más y más a cristianos

profesantes, son contrarias a una postura tan definida. Una razón es que muchas de esas personas quieren evitar la aplicación específica y la obediencia que una solidaridad definida y una convicción doctrinal requieren.

Con la verdad de Dios, sencillamente no puede haber dos puntos de vista conflictivos. Se admite que no podemos ni debemos ser dogmáticos con respecto a lo que no está ni plena ni claramente revelado (Dt. 29:29). Pero Dios no está en desacuerdo consigo mismo, y partes de las Escrituras no están en desacuerdo con otras partes de la misma. Así que Pablo dice a los corintios, y a todos los cristianos, que tienen que tener unidad doctrinal, una unidad que está basada clara y completamente solo en la Palabra inspirada de Dios.

El llamado del apóstol a la armonía doctrinal, por lo tanto, tiene ciertos distintivos. Está basado sobre las Escrituras, que fueron dadas por y cumplidas en Jesucristo (“por el nombre de nuestro Señor Jesucristo). Y fueron completadas a través de las enseñanzas de los apóstoles. El llamado de Pablo es a un modelo que se aplica a todos los grupos de creyentes: “Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa”. Su regla era la doctrina apostólica que personalmente enseñó y ejemplificó a las iglesias (vea el v. 17; 1 Co. 2:4).

Evitar divisiones

Pablo también exhorta a la iglesia en Corinto y a todas las demás a evitar las divisiones. De otro modo, nada de la unidad y la armonía que él deseaba ocurriría. El vocablo griego *schismata* que da origen al término castellano *cisma* es la palabra traducida “divisiones” en 1 Corintios 1:10 y que literalmente significa “romper o desgarrar”. En su significado más amplio se refiere a un juicio dividido, una diferencia de opinión, o una disensión. El Evangelio de Juan usa dicho vocablo para describir las diferentes evaluaciones que en cierta ocasión la gente hizo de Jesús: “Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él” (7:43).

De acuerdo con nuestra discusión de las implicaciones prácticas

de la unidad, las divisiones más serias son aquellas que ocurren sobre doctrina y de ese modo destruyen la unidad de una iglesia en Cristo. En absoluto, no hay lugar en una iglesia para enseñanza y actividad que divida al pueblo sobre un asunto que es claramente enseñado en la Palabra. Las personas que se dedican a fomentar esa actividad divisoria realmente son personas egoístas y deben ser señaladas y evitadas, como Pablo advirtió a la iglesia en Roma: “Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos” (Ro. 16:17).

Una manera importante de cómo una iglesia puede prevenir grandes divisiones es la presencia de dirigentes piadosos que están bien enseñados en la Palabra, guiados por el Espíritu y unidos respecto de la voluntad de Dios para la iglesia. Esos hombres conocen y están de acuerdo en la sana doctrina y tendrán el discernimiento para reconocer cuando se está sembrando la semilla de la discordia y del error y tienen, además, la capacidad para detener esa actividad destructiva. Los dirigentes piadosos guiarán constantemente la iglesia en la unidad bíblica de la fe y la práctica (vea He. 13:7), y deben ser seguidos y apoyados (1 Ts. 5:12-13; He. 13:17).

La completa unidad

Pablo concluye 1 Corintios 1:10 con este mandato: “...sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”. La expresión “que estéis perfectamente unidos” se refiere a juntar algo para que vuelva a ser una sola pieza, es decir, reparar algo que está roto o separado. Los creyentes verdaderos que son parte de una iglesia deben estar “perfectamente unidos” tanto internamente (“en una misma mente”) como externamente (“en un mismo parecer”).

La presencia de esas actitudes excluye una forma de unidad reacia o falsa. La verdadera unidad no dirá una cosa públicamente mientras que privadamente alberga desacuerdos y objeciones. Esa clase de hipocresía podría no afectar el tamaño de la iglesia, pero disminuirá su eficacia. Cualquiera que toma esa postura y está en firme desacuerdo con la doctrina y la dirección de su iglesia local no experimen-

tará mucho crecimiento espiritual personal y no será de gran servicio a su iglesia.

No estamos diciendo, sin embargo, que los creyentes deben ser fotocopias el uno del otro. Dios nos ha creado como individuos singulares con diferentes personalidades, intereses, capacidades y dones espirituales. Ninguna iglesia, incluyendo las más ortodoxas, verá a todos sus miembros estar de acuerdo con cada cuestión que sus líderes sugieren o implementan. No hay absoluta unanimidad en la congregación bajo mi guía pastoral. No hay total unanimidad con respecto a cada cosa pequeña que ocurre, pero eso no importa. La prioridad para cada uno es sacrificar afectuosamente sus opiniones personales en las cuestiones no esenciales o los temas menos importantes en aras de la unidad total. Como hemos dicho el elemento crucial para exhibir la unidad cristiana práctica para los que están a nuestro alrededor es que seamos de la misma manera de pensar con respecto a la doctrina, estilo de vida y práctica eclesial.

La unidad espiritual expresada bíblicamente ha sido siempre la voluntad de Dios para su pueblo, y siempre será una bendición para ellos y potencialmente un testimonio eficaz para los que están fuera de la iglesia. La unidad genuina para los creyentes era la voluntad de Dios en el Antiguo Testamento: "¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!" (Sal. 133:1). Y hemos visto en varios pasajes del Nuevo Testamento la gran preocupación del Señor Jesús y del apóstol Pablo de que los creyentes se den cuenta y vivan la unidad que el Espíritu de Dios les ha concedido. La unidad entre los cristianos, una vez más, era la preocupación de Pablo en la conclusión de su enseñanza a los romanos con respecto a la libertad de conciencia: "Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios" (Ro. 15:5-7).

El pasaje contiene otra referencia al "sentir" [mente], lo cual es una confirmación adicional de que la verdad de la manifestación de nuestra unidad espiritual orgánica, la demostración del Espíritu de

Dios que habita en nuestra vida comienza con la mente. La fe cristiana es una fe cognitiva. Por lo tanto, no necesitamos mantener la unidad induciendo algún tipo de histeria emocional o de sentimentalismo en el que formamos una pifia de una causa común y nos mezclamos hipnóticamente con un grupo. En cambio, Dios quiere que expresemos racionalmente nuestra unidad, centrados en un entendimiento común de su verdad revelada.

Los cristianos podemos invertir toda la vida tratando de unirnos a nosotros mismos, y todo sería inútil si no fijamos la vista en un criterio común. Como acostumbraba a ilustrarlo el pastor y escritor cristiano A. W. Tozer: "Si un persona tiene 4.000 pianos e intenta afinarlos unos con otros, fracasaría. Pero si el mismo individuo usa un diapason, podría exitosamente afinar todos los pianos con el diapason. Y el diapason con el que todos los creyentes son afinados es la fe, la verdad del evangelio. Cuando todos estamos afinados según ese criterio, todos estaremos afinados unos con otros. Sin una comprensión de la verdad que esté informada por el Espíritu, acompañada de una búsqueda de la piedad que regular y continuamente trata con el pecado no nos daremos cuenta de la unidad cristiana como columna y carácter de nuestra comunión. Pero si nos unimos en la búsqueda de la verdad y la santidad (Ro. 15:6; 1 Co. 1:10; Fil. 1:27), nos ministraremos unos a otros en armonía, glorificaremos el Señor con una voz y enviaremos un testimonio uniforme y congruente a aquellos que no lo conocen.

EL CRECIMIENTO: NO HAY VIDA VERDADERA SIN ÉL

La vida por definición es un proceso de crecimiento. Todo lo que está vivo crece. Por ejemplo, las semillas se convierten en árboles, en algunos casos hasta llegar a la altura de decenas de metros. Aún cuando llegan a su plenitud, muestran un crecimiento regular a través de la producción de nuevas hojas, ramas y frutos.

El principio del crecimiento también se confirma en el ámbito espiritual. Una característica inherente y esencial para todos los que están el Cuerpo de Cristo es un crecimiento espiritual individual. El pastor John R. W. Stott denomina el crecimiento espiritual la responsabilidad del creyente:

El gran privilegio del Hijo de Dios es la relación. Su gran responsabilidad es crecer. Todo el mundo ama a los niños, pero nadie que esté cuerdo desea que permanezcan en el departamento de cuna. La tragedia, sin embargo, es que muchos cristianos, nacidos de nuevo en Cristo, nunca crecen. Otros incluso sufren de regresión espiritual infantil. El propósito del Padre celestial, por otro lado, es que los "niños en Cristo" se conviertan en personas "maduras en Cristo". Nuestro nacimiento debe continuar con el crecimiento. La crisis de la justificación (nuestra aceptación delante de Dios) debe conducir al

proceso de la santificación (nuestro crecimiento en santidad, lo que Pedro denomina “crecer para salvación” [1 P. 2:2]). (*Basic Christianity* [Cristianismo básico] [Downers Grove, Ill.: Intervarsity Press, 1958, 136])

EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL ES OBLIGATORIO

Es desalentador y decepcionante saber de creyentes que no se han desarrollado ni crecido en su fe. En primer lugar, una falta de crecimiento espiritual es innecesaria porque Dios ha provisto a cada cristiano, a través de su Palabra, de todos los recursos espirituales necesarios para el crecimiento. El crecimiento espiritual es esencial y posible. Además, es un mandato, no una opción, como lo demuestra la Palabra de Dios.

En 2 Pedro 3:18, el apóstol manda a todos los creyentes, diciendo: “Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén”. Debemos crecer en la esfera de la gracia de Dios y tanto en conocimiento bíblico como experiencia en la medida en que el Señor obra su voluntad a través de todos los desafíos de la vida, tanto los fáciles como los difíciles.

Sin embargo, no somos abandonados a nuestros recursos. El apóstol Pablo escribió estas palabras de estímulo. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18). La Biblia es el espejo, y cuando abrimos la Palabra, la gloria de Dios se refleja y se manifiesta a nosotros a través de sus páginas. Cuando eso sucede, un verdadero crecimiento espiritual tiene lugar, y “somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. Mientras miramos fielmente en su Palabra, Dios a través del Espíritu Santo nos hace crecer en niveles que van en aumento de madurez hacia la semejanza de Cristo.

Posteriormente, Pablo pidió que los corintios llegaran a ser “per-

fectos” [maduros] (2 Co. 13:9). Quería que progresaran hasta llegar al pináculo de la completa madurez espiritual. El apóstol deseaba fervientemente ese crecimiento para todos los creyentes. En Gálatas 4:19, escribió: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”. En Efesios su deseo era que los creyentes crecieran “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:13).

Cuando escribió a los filipenses, Pablo había sido creyente unos treinta años, y aún así sabía que tanto él como los demás creyentes eran llamados continuamente a la madurez espiritual: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:13-14). Y ese mandamiento vigente no tiene término medio, no hay espacio para la neutralidad, o sea, que estamos creciendo espiritualmente o estamos retrocediendo. El precio del retroceso inevitablemente es que tenemos que recuperar el terreno espiritual, terreno que una vez habíamos ganado pero que hemos perdido. Por lo tanto, lo ideal es que obedezcamos las palabras de Pablo a Timoteo: “Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre” (1 Ti. 6:11).

NIVELES DE MADUREZ ESPIRITUAL

El mandato de que todos los creyentes crezcan espiritualmente está claro en las Escrituras, como lo demuestra 1 Juan 2:12-14: “Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece

en vosotros, y habéis vencido al maligno". El apóstol Juan claramente llama a todos aquellos cuyos pecados han sido perdonados "hijitos" (v. 12). Puesto que todos los verdaderos creyentes, porque se han arrepentido de sus pecados y han confiado en la obra de Cristo en la cruz, han recibido el perdón de sus pecados, es lógico concluir todos ellos pueden ser llamados por la expresión de intimidad "hijitos".

Este pasaje también revela tres etapas básicas del crecimiento espiritual. Primero están los "hijitos" [*neanískoi*] (v. 13), que son diferentes de los "hijitos" [*tekniá*] del versículo 12. Juan se refiere a subcategorías de creyentes mediante el uso de un vocablo que significa "infantes espirituales", entonces menciona dos niveles más avanzados de desarrollo: "jóvenes" y "padres".

Infantes espirituales

Como corroboraría cualquier padre, una realidad de los infantes y de los niños es su falta de discernimiento con respecto a lo que es bueno para ellos y lo que no lo es. Cuando los nietos pequeños visitan nuestro hogar, no piden zanahorias u otra merienda nutritiva, prefieren un chocolate. Los niños pequeños carecen del discernimiento con respecto a lo que es beneficioso para ellos. Cuando andan por sus casas, se llevan a la boca todo lo que encuentran o tratan de explorar cualquier área sin importarles el peligro. No poseen discernimiento alguno y aún no están lo suficientemente entrenados para reconocer los peligros de la vida.

Los niños espirituales, ya sean nuevos creyentes o cristianos inmaduros, también carecen de discernimiento. Efesios 4:13-14 nos llama a la madurez y al discernimiento: "hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error".

Cuando alguien que todavía está luchando con su infancia espiritual comienza a profundizar en su conocimiento de Jesucristo (v. 13), a la postre progresará de su nivel infantil de entendimiento a un

nivel mayor de madurez. Y ¿cómo se define ese nivel infantil? Pablo dice que es cuando el individuo es "llevado por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error" (v. 14). Eso resume el problema de la infancia espiritual, es decir, una falta de discernimiento y una vulnerabilidad al error doctrinal. Los falsos maestros encuentran fácil seducir a los bebés espirituales mediante la perversión de la verdad. Es esencial, por lo tanto, que los nuevos cristianos se integren en la vida de una iglesia fuerte donde sean alimentados de la Palabra y completamente protegidos de daño espiritual potencial.

De modo que la característica negativa dominante del niño espiritual es la falta de discernimiento. Pero 1 Juan 2:13 identifica una característica positiva: "Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre". La primera cosa que los padres generalmente escuchan, y esperan escuchar, de la boca de su infante es alguna palabra que suene aunque sea remotamente similar a "mamá" o "papá". A pesar de las muchas cosas que los niños pequeños todavía no saben ni entienden, si saben reconocer a sus padres, a quienes apelan para el alimento, el calor, el amor y la protección.

Del mismo modo, el nuevo creyente sabe que el Señor es su fuente de gozo y bendición en su nueva vida. Pero reitero, a menos que esté protegido de influencias dañinas y destructivas, su gozo pronto desaparecerá. Regocijarse en un conocimiento básico del amor de Jesús es un maravilloso punto de partida para los hijos de Dios, pero todos ellos necesitan extenderse y proseguir a la meta para ser más como Cristo.

La juventud espiritual

En la medida en que los creyentes maduran más allá de la infancia espiritual, alcanzan un segundo nivel de madurez, lo que el apóstol Juan llama "jóvenes que han vencido al maligno" (1 Jn. 2:13). El vocablo griego traducido "habéis vencido" está en el tiempo perfecto, que significa que podemos alcanzar un punto en nuestro desarrollo espi-

ritual donde ya hemos vencido al maligno, es decir, a Satanás. Esa victoria tendrá resultados continuos en nuestra vida.

Vencer a Satanás, sin embargo, no es lo mismo que despojarse del pecado. Satanás puede darnos un toque y, a través de su sistema centrado en el mundo, poner muchas tentaciones en nuestro camino, pero directamente no nos hace realizar obras malvadas. En cambio, el maligno está mucho más dedicado al desarrollo de ideologías engañosas, malignas y que van en contra de la Biblia. Él es mentiroso desde el principio (Jn. 8:44; vea Gn. 3:4) y está activo en el desarrollo de toda clase de mentiras, diferentes ideologías, filosofías, religiones y todo tipo de artimañas engañosas (vea 2 Co. 10:3-5; 11:14) para cegar a las personas inconversas y hacer ineficaces a los niños espirituales. Satanás no puede quitarles la salvación a los creyentes jóvenes, pero sí puede mantenerlos en la infancia espiritual e impedir que tengan un impacto positivo en el reino de Dios.

La única manera de vencer a Satanás es ser fuertes en el conocimiento de las Escrituras: “Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno” (1 Jn. 2:14). Si usted alcanza ese nivel de madurez, todavía tendrá pecado y tentación en su vida, pero también conocerá la sana doctrina lo suficientemente bien para ser capaz de reconocer el error, resistir su seducción y pelear en su contra vigorosamente cuando se enfrente a usted y a otros.

En la medida en que los cristianos maduramos, somos capaces de comprender e interpretar correctamente la Palabra de Dios. Como resultado de ello, nuestra teología comienza a tomar forma mientras adquirimos discernimiento a través de formular las preguntas correctas. Con nuestro crecimiento en el conocimiento doctrinal viene el deseo de estudiar las Escrituras y la teología con cristianos de mayor conocimiento para poder ser más activos a la hora de refutar las sectas y todas las otras formas de error doctrinal.

Creer hasta convertirnos en jóvenes y mujeres espiritualmente eficaces depende simplemente de conocer la verdad (2 P. 3:18). Aumentamos nuestra comprensión y obtenemos músculo espiritual

a medida que estudiamos las Escrituras, tal como cuando vamos a un gimnasio. El ejercicio nos hará más fuertes y sentiremos que nos da grandes cantidades de fortaleza física y energía.

A medida que usted madura como un joven espiritual, poseerá un deseo vigoroso y apasionado por la verdad porque su teología se está centrando. Puede usar la Palabra para discernir los tiempos y los cambios en nuestra sociedad y de esa manera tratar las cuestiones importantes de la vida que nos rodean. Usted creará, conocerá y entenderá lo que la Biblia enseña a las grandes verdades redentoras que dominan la Palabra de Dios. En ese sentido usted estará fundado en la roca firme y será fuerte.

Los padres espirituales

Tan emocionante como puede ser la vida cristiana durante el nivel anterior de crecimiento, ahí no es donde debe terminar nuestra madurez. Dos veces Juan identifica una tercera categoría de desarrollo en 1 Juan 2:13-14: “os escribo a vosotros padres... os he escrito a vosotros, padres”. Hay una clara diferencia entre este último nivel de madurez y el anterior. Mientras que el joven espiritual está emocionado con respecto a reunir su conocimiento bíblico y doctrinal y aplicarlo vigorosamente a todos los temas, el padre espiritual (hombre o mujer) posee cierto sentido de descanso, tranquilidad y profundidad de carácter. La razón de tener esa paz es reiterada por Juan en los versículos 13 y 14: “Porque conocéis al que es desde el principio”.

El apóstol dice que los creyentes más maduros comenzarán a tener un conocimiento más profundo de Dios. Esa no es ninguna clase de experiencia mística, sino una comprensión de las Escrituras que llega a ser más profunda y más rica en la medida en que progresa en el conocimiento de realidades y principios al conocimiento de Dios quien se ha revelado a sí mismo a través de las palabras de las Escrituras. Conocer al Padre más íntimamente implica cosas tales como experimentar la respuesta a oraciones de tal manera que no hay duda de que las oye y las contesta, y experimentan los sufrimientos y las pruebas de la vida en una medida que los lleva a comprender que Dios siempre está presente para sostener y consolar a sus hijos.

Los que han alcanzado el nivel de padres espirituales manifestarán las características que A. W. Tozer ha descrito:

Un cristiano es espiritual [maduro] cuando ve todas las cosas desde la óptica de Dios. La capacidad de sopesar todas las cosas en la báscula divina y darles el mismo valor que Dios les da es la señal de una vida llena del Espíritu.

Dios mira a una cosa y a través de ella al mismo tiempo. Su mirada no se queda en la superficie, sino que penetra hasta encontrar el verdadero significado de las cosas. El cristiano carnal [inmaduro] mira a un objeto o a una situación, pero porque no puede mirar a través de este, se regocija o se deprime por lo que ve. El hombre espiritual es capaz de mirar a través de las cosas como Dios las mira y pensar en ellas como Dios piensa. Insiste en ver todas las cosas como Dios la ve, incluso si eso le humilla y expone su ignorancia hasta el punto del sufrimiento. (*That Incredible Christian* [Ese increíble cristiano] "Marks of the Spiritual Man", in the Best of A. W. Tozer ["Señales del hombre espiritual", en lo mejor de A. W. Tozer], compilado por Warren Wiersbe [Grand Rapids, Mich.: Baker, 1978], 113, cursivas en el original)

Hay un carácter estable y una profundidad en aquellos que verdaderamente conocen a su Dios. Y la Biblia dice que harán grandes cosas para Él (Dn. 11:32). Ahí es donde todos los creyentes finalmente deben estar.

La clave para alcanzar ese último nivel de madurez es reconocer y recordar el papel crucial de la obediencia. Los diferentes niveles de madurez no son una absoluta garantía. Esos niveles están enlazados con la obediencia. En cualquier etapa de nuestro desarrollo espiritual podemos obedecer a Dios o a la carne. Eso significa que entre tanto que seamos niños espirituales, jóvenes espirituales o padres espirituales, podemos estar progresando o retrocediendo en madurez espiritual. No podemos ni debemos descansar en el nivel de crecimiento

que percibimos, pensando que automáticamente somos maduros cuando en realidad nuestra madurez está basada en si estamos obedeciendo a Dios o no. La madurez espiritual es, entonces, el proceso que mueve a los creyentes de ser niños espirituales a ser jóvenes espirituales y de ahí a ser padres espirituales. Es durante esas experiencias en la vida de cada uno de ellos, y solo durante ellas, cuando andan en el Espíritu y obedecen la Palabra de Dios.

LAS ESCRITURAS: LA CLAVE DEL CRECIMIENTO

Una de las tristes realidades en la iglesia contemporánea es que cada día más la interpretación cuidadosa, bien pensada y precisa de la Palabra de Dios es despreciada a favor de "experiencias espirituales" subjetivas y místicas. Como resultado, muchos que profesan ser creyentes no están creciendo en absoluto. Es como si un grupo de personas solo comiera comida "chatarra". Los que son atrapados en experiencias vacías y superficiales siguen un sendero que conduce al error y que no puede producir un verdadero cambio espiritual acompañado de crecimiento. En efecto, se están desviando del verdadero sendero de la madurez que procede del estudio de la Palabra de Dios. Se contentan con permanecer en el nivel básico de la inmadurez, acompañado de toda clase de problemas y decepciones, en vez de progresar hacia los niveles de madurez.

El texto clásico tocante el poder, el valor y la importancia de la Palabra en el proceso madurador del creyente es 2 Timoteo 3:15-17, que dice: "y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". Este pasaje, más resumidamente que cualquier otro en el Nuevo Testamento, bosqueja el poder espiritual transformador de la Palabra.

La función de las Escrituras en la salvación

Timoteo tuvo el privilegio de escuchar la Palabra por primera vez en

su niñez (2 Ti. 3:15), porque “desde la niñez” su abuela Loida y su madre Eunice le habían enseñado “las Sagradas Escrituras”, es decir, el Antiguo Testamento (vea 2 Ti. 1:5). Habían edificado su fe y su devoción sobre aquellos escritos y ayudaron a Timoteo a hacer lo mismo. Al ser expuestas a las verdades del Nuevo Testamento, la anticipación de la salvación enseñada en el Antiguo Testamento se convirtió en una firme realidad. Se habían arrepentido bajo la gracia y misericordia del Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Cuando oyeron el evangelio de Jesucristo, sabían que la promesa de Dios del Mesías - Redentor se había cumplido y confiaron en Él como Señor y Salvador.

Pablo exhortó a Timoteo, quien era más fácilmente intimidado y desanimado que el apóstol, a aferrarse y a permanecer firme en lo que había aprendido. Tanto mediante su familia como bajo la dirección de Pablo, Timoteo llegó a ser coherente en su conocimiento de las Escrituras. Pablo no tuvo que amonestarlo con respecto a doctrina defectuosa o pecado, pero lo instó a perseverar en la verdad y en la sana doctrina que ya conocía.

Pablo, como antes lo había hecho el Señor (Jn. 5:39), aclara el hecho de que las palabras de las Escrituras en sí, o un conocimiento intelectual de ellas, no garantiza la salvación, sino más bien “la sabiduría” que imparten “pueden hacer sabio para salvación por la fe que es en Cristo Jesús”.

Así que, la primera obra que la Palabra realiza es la de llevar a los creyentes a la salvación (vea Sal. 19:7; Mr. 4:14-20; Jn. 5:24,39; Stg. 1:18; 1 P. 1:23). La verdad de las Escrituras, cuando se mezcla con la fe en Cristo y es vigorizada por el Espíritu Santo, conduce a la vida espiritual. El apóstol Pablo preguntó a los romanos: “¿Y cómo oirán [los inconversos] sin haber quien les predique? (Ro. 10:14) y después explica: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (v. 17).

La función de las Escrituras en la enseñanza

Segunda Timoteo 3:16 concreta cómo la Palabra obra en la maduración de los creyentes, comenzando con su función didáctica. Pablo dice que “es útil para enseñar”. “Útil” (el vocablo griego puede traducirse “beneficioso” o “productivo”) se centra en la suficiencia de las

Escrituras. Eso significa que las Escrituras son “todo incluyentes”, es decir, absolutamente capacitadas para satisfacer todas las necesidades espirituales de los creyentes (vea Jos. 1:8; Sal. 119).

“Enseñar” simplemente significa que la Palabra comunica doctrina, no dogmatismo, por lo cual los creyentes llegan a comprender la mente de Dios, que abarca su verdad, sus principios, su ley, sus exigencias y sus mandamientos. Todos ellos son fundamentales para cada aspecto de la vida cristiana.

El punto importante con respecto a la función esencial de las Escrituras en la enseñanza es que aparte de esta hay ciertas verdades que jamás podrían ser conocidas acerca de Dios. Todos pueden conocer algo con respecto a Dios a través de su revelación general, mediante la cual “revela su sabiduría y su poder, la variedad y la magnificencia de su creación y el hecho de que Él es un Dios personal. Pero el amor Salvador de Dios no puede ser conocido sin la revelación especial. Pablo explica así:

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. . . Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo”.

(1 Co. 2:9-10, 14-16)

Las verdades relacionadas con la verdadera vida espiritual y con la madurez cristiana sencillamente no están a la disposición y no pueden ser comprendidas por los inconversos. Esas cuestiones no pueden ser comprendidas ni empírica ni filosóficamente. No están disponibles ni interna ni externamente por medio de la sabiduría humana. La única manera en que alguien podrá conocer la cosas de Dios es mediante la instrucción del Espíritu Santo a través de la Palabra revelada (Jn. 14:16-17; 16:13; 1 Jn. 2:20, 24, 27). Esos es lo que Jesús dijo que santifica a todos los creyentes: “Santificalos en tu verdad: tu palabra es verdad” (Jn. 17:17).

La función de las Escrituras en redargüir

Una vez que la Palabra de Dios comienza a enseñar la verdad a los creyentes, a la postre e inevitablemente redargüirá ciertas ideas y comportamientos. El vocablo “redargüir” en 2 Timoteo 3:16 significa “reprender, refutar o condenar” el mal comportamiento o la falsa doctrina. Las Escrituras hacen frente a dos áreas: (1) Exponen el pecado y (2) refutan el error.

La Palabra de Dios tiene el ministerio negativo de destruir y eliminar todo lo que es pecaminoso y falso, del mismo modo que tiene el ministerio positivo de explicar y realzar todo lo que es justo y verdadero. Ese ministerio de redargüir fue practicado por Pablo constantemente en su uso de la Palabra: “Por tanto, yo os declaro en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos... Por tanto, velad, acordándoos de que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno” (Hch. 20:26, 31).

Creyentes maduros que predicán y enseñan la Palabra la usarán para condenar lo que es incorrecto, así como para enfatizar lo que es correcto. Jesús se refirió a ese proceso cuando dijo a sus discípulos: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” (Jn. 15:2).

El crecimiento espiritual puede florecer en la medida en que permitimos que la Palabra confronte nuestro pecado y nuestro error nos guíe a andar en el Espíritu. Es por eso que la reprección de las Escrituras es tan provechosa. Y es por eso, que debemos estar agradecidos por su disciplina, tal como lo expresa el escritor de proverbios: “Porque el mandamiento es lámpara, la enseñanza es luz, y camino de vida son las reprecciones que te instruyen” (6:23).

La función de las Escrituras en la corrección

Cuando estaba en la escuela, apreciaba esos maestros que indicaban las respuestas incorrectas en mis trabajos y luego escribían las respuestas correctas. Pero los que solo indicaban las respuestas incorrectas,

sin indicar lo que estaba correcto, me frustraban. El vocablo griego traducido “corrección” en 2 Timoteo 3:16 literalmente significa “enderezar”. La Palabra de Dios no solo nos reprende, redarguye y refuta. Va más allá y coloca de nuevo en línea, remendando, reconstruyendo y reparando lo que está roto.

Semejante a la relación que los padres tienen con sus hijos, las madres y los padres espirituales reprenden a sus hijos respecto del pecado y de las áreas que necesitan mejorarse. Si son buenos padres, entonces colocaran a sus hijos en el camino correcto mediante la enseñanza de comportamientos y actitudes correctas.

La corrección bíblica es, por lo tanto, la provisión positiva para los creyentes que aceptan la reprección negativa de la Palabra. El proceso, algunas veces, es difícil de aceptar: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados” (He. 12:11).

La función de las Escrituras para instruir en justicia

Si permitimos que la Palabra de Dios realice una función genuina en nuestro crecimiento espiritual, no solo nos dejará con los elementos mínimos de la verdad. Además, la Palabra aplicará a nuestra vida lo que nos ha enseñado de tal modo que continuamente pueda edificar-nos en justicia. En 2 Timoteo 3:6 ese proceso es sugerido por el vocablo griego *paideia* que es traducido “instruir” y que originalmente significaba “entrenar a un niño” (*paidion*) pero posteriormente llegó a tener un significado más amplio, es decir, cualquier clase de entrenamiento, como ocurre en este versículo.

Pero, ¿cómo se expresa en un sentido práctico instruir en justicia? El proceso comienza cuando oímos la predicación de las Escrituras durante el culto de adoración, en la escuela dominical o en un estudio bíblico. Es ahí cuando almacenamos en nuestro corazón y en nuestra mente la verdad doctrinal y bíblica.

La siguiente fase práctica de nuestra instrucción en justicia surge en nuestra vida diaria a medida que nos relacionamos con personas y con ideas del mundo y de vez en cuando necesitamos confrontar el

error. Usted podría encontrarse en un grupo de discusión cuando alguien interpone un obvio error doctrinal. En ese momento usted puede apelar a su conocimiento bíblico para ayudarlo a responder de manera piadosa y correcta. De igual manera podría enfrentarse a una gran prueba en la que su entendimiento de la Palabra tomará la dirección, lo guiará a través de la crisis, y por ese medio lo instruirá en justicia. Siguiendo el ejemplo del Señor Jesús (vea Mt. 4:3-10), necesitamos usar las Escrituras cuidadosa y correctamente para hacer frente a cada tentación y prueba procedente del mundo (vea Sal. 119:9-11; Col.3:16).

No importa cuán profundo sea nuestro entendimiento de las Escrituras. Aún así, Dios nos entrena en maneras que no siempre comprendemos. Sin embargo, eso no debe impedirnos afirmar con el salmista: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, Dios, el alma mía” (Sal. 42:1).

DEBEMOS DESEAR LAS ESCRITURAS

Si vamos a experimentar un crecimiento genuino, este tiene que ocurrir según el modelo de 1 Pedro 2:1-2: “Desechad, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias y toda maledicencia y desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación”.

El versículo 1 simplemente significa que tenemos que resolver la problemática del pecado en nuestra vida mediante la confesión constante y el abandono de este. Entonces podemos llegar al corazón del asunto en el versículo 2 y tener un deseo libre de cargas de la riqueza y la pureza de las Escrituras. Como escribió David en el Salmo 19:10 con respecto a la Biblia: “Deseables son más que el oro, más que mucho oro refinado; y dulces más que la miel, la que destila del panal”. David también escribió en el Salmo 1:2 que el hombre bienaventurado “se deleita en la ley de Jehová, y en su ley medita de día y de noche”. Como declara repetidas veces en el Salmo 119 que él se deleitaba en la Palabra. Ese anhelo profundo y lleno de gozo por las

Escrituras es también nuestra clave fundamental para crecer más y más en la semejanza de Cristo.

La analogía en 1 Pedro 2:2 es muy simple. El apóstol Pedro sencillamente dice que los creyentes deben desear la Palabra del mismo modo que los niños desean la leche. En el griego, el vocablo traducido “desear” significa un anhelo intenso y recurrente tal como el que los niños expresan para indicar su deseo por la leche. No les importa si procede de una botella o directamente de la madre o el color de la habitación, ni siquiera qué hora del día es, lo que quieren es leche, y si no la obtienen enseguida, lloran y chillan. Los creyentes deben tener la misma clase de anhelo claro por la Palabra de Dios.

Pedro no dice: lee la Biblia, o estúdiala o medita en ella, él dice *deséala*. Es lo que Pablo llama “el amor de la verdad” (2 Ts. 2:10). En efecto, eso produce una actitud en el corazón del creyente que dice: “Quiero la Palabra más de lo que quiero cualquier otra cosa”.

Necesitamos esa clase de deseo profundo si hemos de conocer las Escrituras lo suficientemente bien para que pueda instruirnos en justicia. Considera la pasión por la verdad que el escritor de Proverbios bosqueja:

“Hijo mío, si recibes mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios. Porque Jehová da la sabiduría, y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia”.

(Pr. 2:1-6)

Si vamos en pos de la verdad divina tan seriamente como algunas personas procuran las riquezas materiales, la encontraremos porque Dios la ha hecho disponible (vea Job. 28).

Se dice de un joven que una vez se acercó al filósofo y maestro griego de la antigüedad, Sócrates, y le preguntó: “Oh maestro Sócrates, ¿podría usted ser mi maestro?”

Sócrates le respondió: “Sígueme”, y se volvió y caminó en el mar. Continuó caminando y caminando, y el joven continuó siguiéndolo y siguiéndolo. Deseaba mucho tener al maestro Sócrates como mentor.

Finalmente, llegaron a la profundidad en la que el agua tocaba justamente el borde de sus labios. Sócrates entonces dio la vuelta y colocó ambas manos sobre la cabeza del joven y lo empujó debajo del agua. El joven, queriendo ser un estudiante obediente, permaneció debajo del agua por un poco de tiempo.

Pero pronto comenzó a escupir y a chisporrotear a su alrededor mientras cogía aire. Durante ese tiempo Sócrates, quien evidentemente, era fuerte lo mantenía debajo del agua. Pronto el joven comenzó a soplar grandes burbujas y agitarse enloquecidamente. Finalmente, Sócrates retiró sus manos de su candidato a estudiante, quien saltó a la superficie del agua.

Haciendo esfuerzos para respirar y escupiendo agua de su boca, el joven frenéticamente le preguntó al filósofo, ¿por qué hizo usted eso? ¿Por qué?

Sócrates le contestó: “Cuando desees aprender tanto como desees respirar, seré tu maestro”.

Cuando los creyentes queramos encontrar y conocer la verdad de la manera como algunas personas buscan tesoros naturales, cuando los creyentes ansiemos la Palabra de Dios tan apasionadamente como un bebé desea la leche, creceremos y maduraremos y llegaremos a ser semejantes a Cristo.

Josué 1:8 proporciona un resumen adecuado para nuestro estudio del crecimiento espiritual: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que está escrito en él, porque entonces harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien”: La clave está en absorber la Palabra de Dios y vivirla diariamente.

PERDONE Y SEA BENDECIDO

Una columna esencial del carácter cristiano, que fácilmente puede omitirse y causar gran daño a la iglesia, es la actitud del perdón. Este debe acompañar a nuestra unidad y a nuestra búsqueda de santidad (crecimiento espiritual). De otro modo el Cuerpo de Cristo puede convertirse en algo áspero, rígido y amargo, cuyo resultado sería guardar rencor y elevar el orgullo.

El perdón es absolutamente esencial porque por mucho que quisiéramos traer la perfección del cielo en medio de la vida de la iglesia, eso no ocurrirá en esta vida. En cambio, habrá pecados, imperfecciones, errores, juicios equivocados y malas actitudes, y esas cosas ocurrirán tanto entre los dirigentes de la iglesia como en la misma congregación.

Aun el apóstol Pablo, en el cenit de su vida y el final mismo de su carrera como un leal dirigente cristiano y fundador de iglesias, se identificó a sí mismo como el primero de los pecadores (1 Ti. 1:15). El pecado siempre nos asediará, y constantemente estaremos de acuerdo con las palabras de Pablo “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:24). De hecho, mientras más seguimos el modelo de crecimiento espiritual bosquejado en el último capítulo y mientras más maduramos, más sensibles seremos a pecar y más conscientes estaremos de nuestros fracasos.

De modo que los creyentes más maduros siempre deben sentir la necesidad de tener una actitud perdonadora dentro de la vida de la

iglesia. Actitudes implacables, si no son abandonadas, invariablemente conducirán a una falta de unidad y de comunión entre los creyentes, una limitada efectividad en el ministerio a una pérdida de gozo y la paz que todos los cristianos deben experimentar a través del Espíritu Santo.

Por supuesto, la sociedad secular de hoy día, psicológicamente seducida, inclinada al ejercicio y a la glorificación de del amor propio, se burla del perdón. Las personas se acogen tenazmente a sus “derechos personales” para sentirse ofendidas ante cada supuesto mal que experimentan. También toman mucha satisfacción en vengarse de otras personas. Todo eso es contrario a lo que la Biblia nos enseña y es una poderosa razón para que los cristianos nos caractericemos por ser perdonadores.

LA ACCIÓN CELESTIAL POR EXCELENCIA

Samuel Davies, un evangelista y organizador del presbiterianismo en la Norteamérica colonial, expresó maravillosamente en las estrofas del siguiente himno con respecto a la actitud perdonadora de Dios y cuál debe ser nuestra respuesta:

*¡Perdón de un Dios ofendido!
 ¡Perdón de tantos pecados cometidos!
 ¡Perdón por el sacrificio del Cordero!
 ¡Perdón ofrecido al mundo entero!
 ¿Qué Dios como tú que perdona la maldad?
 Como tú no hay otro en justicia y santidad.*

*Oh amor glorioso e incomparable
 Sublime es el regalo de tu gracia
 Enseña a los hombres a ser agradecidos
 A alabarte por tu amor inagotable.
 ¿Qué Dios como tú, amante y perdonador
 Que concede su gracia al pecador?*

Como sugieren esos versos, el perdón de Dios es maravilloso. Es

su amor inmerecido y gratuito que no mantiene culpable al pecador, sino que completamente pasa por alto la trasgresión. Cuando manifestamos perdón, esencialmente estamos diciendo que no importa lo que la otra persona ha hecho, no permanecemos enfadados o con deseo de venganza. No culparemos a la otra persona o sentiremos compasión por nosotros mismos porque hemos sido ofendidos. En cambio, estamos preparados para hacer caso omiso a ese pecado y ofrecer totalmente amor a esa persona.

Eso es el perdón y ese es un distintivo de un carácter santificado. Estoy convencido de que el perdón es el favor más sublime que podemos otorgar a otra persona. Si es nuestro deseo sincero de ser semejante a Cristo, entonces debemos poseer y demostrar la actitud del perdón. Nunca somos más semejantes a nuestro Padre celestial que cuando perdonamos a alguien.

Dios por naturaleza perdona

Las Escrituras están repletas de evidencias de que Dios es perdonador. Éxodo 34:6-7 dice: “Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”. Moisés había pedido ver la gloria de Dios, de modo que el Señor reveló una pequeña porción de esta cuando pasó delante de él e identificó algunos de sus atributos básicos.

Los salmos también atestiguan la verdad de la naturaleza perdonadora de Dios. He aquí tres pasajes representativos:

“Bienaventurado aquel cuya trasgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado... Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño”.

(Sal. 32:1-2)

*“Perdonaste la iniquidad de tu pueblo; todos los pecados de ellos cubriste. Reprimiste todo tu enojo; te apartaste del ardor de tu ira”.
(Sal. 85:2-3)*

*“¡AH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado”.
(Sal. 130:3-4)*

Los profetas del Antiguo Testamento también proclamaron la verdad de la naturaleza perdonadora de Dios. A través de Isaías, Dios dijo: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (Is. 43.25). Dios sencillamente dice que pondrá su carácter como Dios perdonador en despliegue y así recibe adoración de quienes están agradecidos por su perdón.

En Isaías 55:6-7, el profeta reitera el principio del perdón con esta exhortación: “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”.

En Jeremías 33:8, tres veces Dios declara la importancia de los pecados del pueblo y dos veces proclama su actitud perdonadora: “Y los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí; y perdonaré todos sus pecados con que contra mí pecaron, y con que contra mí se rebelaron”.

Ilustraciones del perdón en el Nuevo Testamento

La naturaleza perdonadora esencial de Dios quizá no halla mejor ilustración que en la bien conocida parábola de Jesús conocida como el hijo pródigo (que debía llamarse más bien la parábola del padre perdonador). Lucas 15:11-24 registra el texto del padre compasivo y el hijo descarriado.

“También dijo: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde;

y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse”.

El hijo en esta parábola se asemeja a muchos hijos hoy: Fatuo, avaro, egoísta, licencioso, ansioso de apoderarse de riquezas por las que no ha trabajado, y derrochador en la manera como gasta el dinero en compañía de personas irresponsables e indiferentes que lo dejan en la misma miseria cuando los recursos se agotan. Al volver en sí en un corral de cerdos, su condición refleja su vida. Dándose cuenta de que los jornaleros de la casa de su padre lo pasan mejor que él, decide regresar a su casa.

La última cosa que el hijo espera es el perdón. Solo quiere la oportunidad de regresar a casa, reconoce cuán terrible y vagabundo hijo ha sido, y convertirse en un esclavo. Por lo menos tendrá un lugar donde vivir y un buen plato de comida para alimentarse.

Al describir la llegada del hijo a la casa del padre, Jesús nos enseña lo que significaba perdonar, sobre la base de cómo Dios perdona. Tan pronto como el padre ve al hijo a la distancia, corre a su encuentro,

cariñosa y sinceramente, abraza a su hijo, y ordena una celebración extravagante para celebrar el regreso. Eso ilustra el generoso carácter de Dios y su amplio perdón. Cuando Él ve al pecador dirigirse a Él con un corazón arrepentido y una disposición para confesar sus pecados, Dios inmediatamente lo abraza y derrama su amor perdonador sobre ese pecador.

El padre de la parábola no se parece en nada a las personas en la iglesia que mantienen una actitud impía en contra de la Biblia. Esas personas que piensan que tienen que desquitarse por cada cosa errónea hecha contra ellas y reaccionan para preservar su orgullo son totalmente contrarias al carácter de Jesucristo.

Las personas amargadas no están dispuestas a perdonar y sus acciones llenas de rencor socavan el trabajo de la iglesia y el ministerio de siervos y líderes fieles. ¡Qué contraste con el padre que se regocija por el hijo arrepentido y no escatima ningún esfuerzo para expresar su perdón! Y el padre no hace nada por ganancia personal, sino simplemente por el gozo de la reconciliación. La parábola, ilustra la manera de Dios al perdonar. Es por eso que reiteramos que el perdón es la acción más sublime que cualquiera podría realizar (vea Mt. 5:43-45).

El perdón es también el argumento principal de Pablo en Efesios 4:32: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”. Una actitud perdonadora es el ingrediente para tratar a otros bondadosa y tiernamente. Ya hemos visto que Dios nos ama y nos perdona, no porque lo merezcamos, sino simplemente porque Él es abrumadoramente misericordioso. Por lo tanto, de la misma manera los creyentes debemos extender bondad y compasión a otros creyentes, en medio de un mundo extremadamente iracundo, inmisericorde y sin bondad, perdonando los pecados, los fracasos y las debilidades y desestimando sus propias agendas egoístas y expectativas personales.

En Colosenses 3:13 Pablo destaca otra importante verdad tocante al perdón cristiano: “soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que

Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”. Debemos perdonar con la misma magnanimidad y generosidad con la que Dios nos ha perdonado.

EL IMPERATIVO DEL PERDÓN

Otra parábola de Jesús que claramente enfatiza la importancia del perdón en la vida cristiana es la parábola del siervo malvado. En ese pasaje la enseñanza de Jesús destaca no solo la necesidad del perdón, sino también el imperativo que si Dios, que ha recibido la mayor ofensa, puede perdonarnos, entonces los creyentes, quienes han sido ofendidos mucho menos, deben perdonar a otros creyentes.

En respuesta a la pregunta de Pedro con respecto a cuántas veces un creyente debe perdonar los pecados a su hermano, el Señor relató la siguiente parábola a sus discípulos:

“Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus conseriros, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su conserivo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Más él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus conseriros lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conserivo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi

Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas”.

(Mt. 18:23-35)

En los reinos de la antigüedad todos los ciudadanos eran esclavos en el sentido amplio de la palabra puesto que eran súbditos del monarca. Eso significa que la nobleza era esclava del rey en la misma medida en que lo eran los más humildes esclavos. Esta parábola sugiere tales extremos, lo cual indica que su verdad es aplicable a todo creyente en el reino de Dios. El primer siervo en la parábola tenía mucha riqueza personal, pero el segundo era probablemente pobre en comparación. El primero era probablemente un gobernador del reino, y su principal responsabilidad era cobrar los impuestos para el rey.

La idea central de la parábola tocante al dinero es que el siervo debía una gran cantidad por deuda no pagada al rey. Esa tremenda deuda simboliza la enorme deuda de pecado que todo ser humano tiene con Dios. Cuando el Espíritu de Dios convence a un individuo de su pecado (Jn. 16:8), se da cuenta de que la deuda del pecado sobrepasa la comprensión y es humanamente impagable (vea Job 42:6; Esd. 9:6; Ro. 7:13).

Dios quiere que veamos la vida como una mayordomía que debe vivirse para su gloria. Pero los inconversos toman la vida que les ha sido dada por Dios y la despilfarran en ellos mismos en vez de invertirla en Él. Como el hijo pródigo o el siervo que enterró el talento, desperdician cualquier privilegio del evangelio que el Señor les otorga.

El primer siervo de la parábola representa al inconverso a quien Dios le ha dado vida (Hch. 17:25), tiene la oportunidad de darle a Dios lo que le debe (Ro. 11:36), pero malgasta los recursos de Dios en el pecado. Representando a cualquier pecador en bancarota, aquel hombre probablemente defalcó lo que justamente pertenecía al rey y lo gastó todo en sus propios deseos. Eso produjo el castigo del siervo, como dice el texto. “A éste, como no pudo pagar, ordenó su

señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda” (Mt. 18:25).

Al ser confrontado con su pecado y las consecuencias, el siervo se postró delante del rey, indicando su completa sumisión a la misericordia del monarca. El hombre fue plenamente redargüido por su pecado y estaba genuinamente arrepentido. Todo pecador debía sentirse tan abrumado por su pecado como aquel siervo se sintió por su deuda (vea Mt. 5:2-12; Lc. 18:13).

Aunque la posibilidad de corregir las cosas era virtualmente inexistente, aquel hombre en su desesperación rogó que se le diera una oportunidad: “Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo” (Mt. 18:26). La actitud posterior del rey de condescendiente bondad ilustra el gran amor perdonador de Dios hacia el pecador verdaderamente arrepentido que sabe que necesita descansar en la misericordia del Señor. Él libera al pecador verdaderamente arrepentido que sabe que necesita descansar en la misericordia del Señor. Él libera al pecador de la deuda imposible del pecado y lo declara una nueva persona en Cristo. (Sin duda, la parábola apunta al mensaje del evangelio, no completamente bosquejado, porque el punto principal que Jesús quería ilustrar era el tema del perdón entre los creyentes.)

La actitud y el comportamiento del siervo perdonado hacia uno de sus consiervos, en la segunda parte de la parábola, es realmente increíble e inaceptable a la luz del gesto magnánimo del rey. Aunque el segundo siervo tenía una deuda muchísimo menor que la del primer siervo, el recién perdonado siervo era totalmente renuente a emular al rey y perdonar al otro siervo. No es que lo que el segundo siervo debía al primero no fuera una deuda legítima. Era una deuda real y necesitaba perdón, cosa que el primer siervo rehusó otorgar. En cambio, actuó de una manera orgullosa, con vanidad, ingratitud y sin misericordia hacia el otro siervo que tenía un nivel más bajo que él.

La exigencia del siervo perdonado de que el otro le pagara y hacerlo con ira, de manera abusiva era algo totalmente insensible e irracional y, como dice un comentarista: “Una monstruosidad moral”. Y el siervo que no quiso perdonar fue castigado por su pecado

cuando los otros siervos (que representan a los creyentes) fueron con mucha tristeza e informaron al rey lo que había ocurrido.

El monarca, tal como ocurriría con nuestro santo y justo Dios, “se enojó” (v. 34) por el insólito pecado de aquel hombre. El peor aspecto del pecado no fue la exigencia del pago de una deuda relativamente pequeña, sino la terca resistencia a perdonar a un conservo en el espíritu en el que el primer siervo encontró misericordia. El siervo perdonado definitivamente no estaba siguiendo el principio que el apóstol Pablo expresó posteriormente en Efesios 4:32.

Cuando Dios necesita disciplinar a los creyentes por cualquier pecado grave, lo hace de la manera más imparcial, mucho más de lo que podría serlo el castigo de cualquier rey. El Señor, aunque siempre le disgusta el pecado, disciplina a sus hijos porque los ama (He. 12:6; 10-11). Si se les olvida el perdón que recibieron (como ocurrió con el primer siervo) y rehúsan perdonar a sus hermanos, Dios hace que sufran tales molestias como el estrés, privaciones, cargos de conciencia y otras pruebas hasta que confronten el pecado. Santiago dice: “Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg. 2:13).

Creo que la lección de la parábola es clara: Cualquier creyente que ofende a otro creyente ha ofendido a Dios mucho más y Dios le ha perdonado. El creyente ofendido, por lo tanto, debe estar siempre dispuesto a perdonar al hermano o hermana que pecó contra él y pedirle que lo perdone. Los cristianos siempre debemos reflejar el perdón de Dios porque hemos experimentado el mismo perdón.

El perdón genuino, sin embargo, no excusa el mal hecho por otros. La compasión y la misericordia no racionalizarán una ofensa, sino que siempre la llamarán por su nombre. Pero al confrontar un pecado, el creyente perdonado eliminará la amargura y todo otro sentimiento negativo que solo puede aumentar el pecado en vez de eliminarlo. Entonces él o ella puede confiada y sinceramente orar la conocida oración: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt. 6:12).

LA BENDICIÓN DEL PERDÓN

“Bienaventurados los misericordiosos”, dijo nuestro Señor, “porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt. 5:7). Si queremos disfrutar de los beneficios del perdón de Dios hacia nosotros, debemos estar dispuestos a perdonar a otros creyentes, incluso a esos que constantemente pecan contra nosotros. O podemos expresar ese principio más directamente, es decir, Dios no perdona a quienes no perdonan a otros (Mt. 6:15).

Eso no significa que una actitud no perdonadora anula la salvación de un creyente. En el alcance eterno de las cosas, Dios perdona todos los pecados de quienes están en Jesucristo. Pero una actitud que rehúsa perdonar a otros creyentes robará a un cristiano el gozo, la paz, la comunión y la eficacia en la iglesia. Ese es el principio al que Juan 13:9-10 se refiere: “Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos”. La cuestión no es ser limpio o salvo, sino se trata de remover el pecado diario para que podamos tener una comunión adecuada.

Si somos santificados poseemos el perdón eterno, y eso resuelve la cuestión de la bendición futura. Pero el perdón temporal, dado y recibido, es una parte necesaria del proceso de nuestra santificación y determina si hemos de disfrutar o no de la bendición presente. Si no perdonamos a otros creyentes regular y constantemente, Dios no nos extenderá el perdón temporal. Como resultado renunciamos a nuestra bendición presente y sufriremos la disciplina divina. Como vimos en la parábola del siervo malvado en Mateo 18, Dios disciplina a los creyentes que no perdonan a otros cristianos, a veces hasta el extremo de la muerte.

En mis años como pastor he descubierto que los cristianos que no poseen el gozo, ni el poder ni la eficacia en su andar, con frecuencia manifiestan una actitud no perdonadora. Dios retiene su bendición debido al espíritu amargo, rencoroso y terco de la vida de cada uno de ellos.

Hay personas no perdonadoras que han venido a mí en busca de consejo y expresan su ira, frustración y confusión a causa de las dificultades que experimentaban. En esos casos les hago generalmente estas preguntas: ¿Qué piensa que el Señor quiere hacer en su vida? ¿Podría haber alguna razón de por qué está experimentando esas dificultades? La razón de mis preguntas es que esas personas necesitan examinar su corazón, porque esa es la raíz de su ira y amargura. Los desafío a pensar si sus actitudes no perdonadoras están causando su disciplina. Les recuerdo que los creyentes debemos perdonar porque es ahí cuando mejor reflejamos el corazón del Padre celestial.

En Mateo 5:23-24 Jesús enseña: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”.

El significado de la enseñanza de nuestro Señor no podría ser más claro. Un rencor escondido necesita ser resuelto y debe haber reconciliación antes de poder rendir verdadera adoración a Dios. Debemos hacer todo lo posible para resolver cualquier enojo, amargura y resentimiento que alberguemos hacia algún hermano o hermana en Cristo o que alguno tenga contra nosotros. De otro modo, no estamos preparados para venir delante de Dios o de participar de la Cena del Señor. Es por eso que la actitud de perdonar es tan crítica en la vida de la iglesia.

Para ayudarlo a guardar su corazón contra la tendencia de no perdonar a otros creyentes, recuerde esta oración:

Oh Dios, dame un corazón perdonador, para tener comunión contigo en la plenitud del compañerismo y el gozo y que no experimente la disciplina que viene cuando tú no me perdonas porque yo no perdono a un hermano o hermana en Cristo. Que yo pueda recordar que por cada uno que peca contra mí yo he pecado muchas veces contra ti. Tú siempre me has perdonado. En ningún momento ninguno de mis pecados me ha hecho perder mi salvación eterna. Por lo tanto, el pecado

de ninguna otra persona debería causarles la pérdida de mi amor y mi misericordia hacia ellos. Amén.